

REFLEXIONES MORALES – PASTORALES.

PRIMERA PARTE

La opción fundamental: ¿Quién soy yo, que voy a hacer de mí?

Juan MARTÍN VELASCO – Profesor de Teología en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid.

El título propuesto a mi reflexión, en el contexto de un número dedicado al tema «escoger mi vida», remite -más allá del ámbito de la teología o la filosofía moral en que suele ser tratado- a una meditación sobre la condición humana y su ejercicio. Pero es evidente que nuestra revista no pide ni tolera una consideración puramente teórica de filosofía primera o de antropología filosófica. Intentaré, pues, una meditación orientada a ayudar a tomar conciencia de la radical originalidad de nuestra condición humana y la presencia en ella, como centro de esa originalidad, de una opción fundamental por la que decidimos ejercer y hacernos cargo de nuestra existencia. Como pide la orientación práctica de la reflexión, ésta se extenderá hacia el contenido de esa opción y la prolongación de la misma en el desarrollo de nuestra vida.

¿Quién soy yo hombre?

Es bien sabido que, con ser la más importante, aquella en la que nos lo jugamos todo, esta pregunta aparece sólo raras veces en la vida de la mayor parte de las personas. Nuestros días están ordinariamente «ocupados» con preguntas más inmediatas y aparentemente más urgentes y más prácticas. Algunas se refieren a las realidades del mundo y están destinadas a explicarlas con el fin de dominarlas y ponerlas a nuestro servicio. Son las que Kant englobaría en la primera de sus preguntas: «¿qué puedo saber?». Otras abren ya la conciencia a la acción humana y la necesidad de justificación que aparece en ella y orientan al hombre hacia el «¿qué debo hacer?». El tercer orden de cuestiones remite a la necesidad de sentido global y último presente en todo lo que el hombre hace, y se plantea en términos de «¿qué me cabe esperar?». Pero todas esas cuestiones orientan, en definitiva, hacia la más radical y comprometida de las preguntas que toda persona está llamada a plantearse: ¿qué es el hombre?; o, mejor, ¿quién soy yo hombre?

Conviene anotar, además, que cada una de estas cuestiones surge de una determinada forma de ejercicio de la existencia y de instalación en la vida, y que el hombre tiene la triste posibilidad de instalarse en una forma de vivir que rehuye todo tipo de cuestiones personales y lo limita a manejarse en un mundo limitado a un conjunto de problemas técnicos, de cuestiones puramente pragmáticas, en el que la realidad se reduce a su función de utilidad y no aparecen otros valores que lo agradable y lo desagradable, lo útil y lo inútil. Con todo -y a pesar del extraordinario poder de la civilización actual, con sus medios cada vez más eficaces de divertimento para llevamos al olvido sistemático de nosotros mismos-, no es fácil que una persona blinde su vida hasta el punto de impedir que, al menos en circunstancias extraordinarias, afloren a su conciencia esas preguntas inquietantes, a la vez que llenas de promesas. Generalmente, tales preguntas surgen cuando una situación extraordinaria rompe el cerco a que la vida diaria, hecha de necesidad, rutina y superficialidad, nos tiene sometidos. Se trata de lo que los filósofos de la existencia identificaron como situaciones-límite, aquellas de las que no disponemos en absoluto, que se imponen a nosotros, nos afectan de forma global y radical, nos ponen en cuestión y desestabilizan la seguridad inconsciente en que nos habíamos instalado. Puede ser la muerte de alguien a quien amamos, la posibilidad y la realidad de la propia muerte, la experiencia de una alegría que nos colma y nos desborda y de la que nos damos cuenta que no disponemos... Ante tales situaciones reacciona el sujeto con experiencias extraordinarias, experiencias-cumbre (A. Maslow), metaobjetivas, metamotivadas, que dilatan la propia conciencia, desencadenan sentimientos nuevos y abren a la percepción de dimensiones de lo real ocultas hasta ese momento. Tales experiencias se expresan ordinariamente bajo la forma de preguntas: «¿quién soy?», en las que se formula literalmente la puesta en cuestión del sujeto que acaba de tener lugar; o bajo la forma del asombro: «¡qué maravilla», «¡Yo soy!»; o en términos del deseo y de la decisión: «¡quiero ser!»; que expresa la tensión creada en el sujeto por la aparición de algo que hasta ese momento no había sido siquiera atisbado.

A una situación de este estilo hacen referencia textos como el salmo 8 (/SAL/008/04-05), donde la contemplación admirada de la naturaleza en toda su belleza hace aparecer la pregunta por el hombre y la orienta hacia Dios como su única respuesta: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el hijo de Adán para que te ocupes de él? Lo has hecho poco menos que un dios ... »

San Agustín, en su búsqueda de Dios, se dirige a sí mismo y se pregunta: «¿quién eres tú?», y responde con entera seguridad: «Un hombre» (Confesiones, 10,6). Pero ante la muerte de un amigo querido que era para él la mitad de su alma y a quien había amado quasi non moriturum, como si no hubiera de morir, se siente puesto en cuestión de la forma más radical y confiesa: «Me convertí en un enigma para mí mismo y preguntaba a mi alma: ¿por qué estás triste?, ¿por qué te conturbas? Pero no teníamos respuesta» (Confesiones, 4,4).

PARADOJA MISERABLE-GRANDE: Eco de este cuestionamiento es, sin duda, la página de Pascal en la que, junto al radical cuestionamiento, aparece una de las más hermosas definiciones del hombre de toda la filosofía moderna: «Qué quimera es, pues, el hombre? ¡Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicciones, qué

prodigio! Juez de todas las cosas, imbécil gusano de la tierra; depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y excrecencia del universo.

¿Quién desenredará este embrollo?... Conoced, pues, soberbios, qué paradoja sois para vosotros mismos. Humillaos, razón impotente; callaos, naturaleza imbécil, aprended que el hombre supera infinitamente al hombre y escuchad de vuestro maestro vuestra condición verdadera que vosotros ignoráis. Escuchad a Dios» (-PASCAL-BLAS: Pensamientos, 433).

La sola pregunta ¿quién soy yo hombre, el hecho mismo de que se formule, la puesta en cuestión que expresa, hace patente, como núcleo desde el que se construye su propia originalidad, una desproporción interior, una distancia en relación consigo mismo que se formula en los símbolos, las imágenes y los conceptos más variados. El hombre es frágil como el barro, es perecedero como flor del campo, pero es alguien de quien Dios se acuerda, de quien Dios se ocupa, dice el salmista. El hombre es facticidad e idealidad, afirmación que se impone y problematización radical, cuerpo y alma, interioridad y exterioridad, objetividad y subjetividad. «Síntesis (activa) de infinitud y finitud, de tiempo y eternidad, de libertad y necesidad» (Kierkegaard, La enfermedad mortal, 47). El hombre, como resume admirablemente Pascal, «supera infinitamente al hombre». Esta desproporción interior habita todas las facultades del hombre y todas sus acciones. Por eso es conciencia que atraviesa todo su ser y que nunca puede ser absorbida adecuadamente en el objeto ni perfectamente transparente a sí misma; es voluntad que origina los múltiples querer; es deseo originario de ser y de felicidad que se desgrana en los múltiples deseos, como sugiere san Juan de la Cruz: «Niega tus deseos y encontrarás lo que de verdad desea tu corazón» (DESEOS/NEGARLOS: Dichos de luz, 15).

La raíz de la originalidad humana

La respuesta a la pregunta por el hombre ha sido buscada con frecuencia en la enumeración de las propiedades que caracterizan a su naturaleza. Situada ésta en continuidad con el resto de los seres naturales, su originalidad puede situarse en la razón, que corona esa cadena de seres que comienza en la naturaleza inorgánica, pasa por la materia viva y los seres dotados de sensibilidad y culmina en el animal dotado de razón. Sin negar validez a este tipo de explicaciones, la pregunta por el hombre tal como la hemos propuesto -en primera persona: «quién soy yo hombre», en oposición a la pregunta en tercera persona: «qué es el hombre»- orienta al descubrimiento de la originalidad humana en algo anterior a todas sus propiedades. No consiste simplemente en algo añadido a una naturaleza indiferenciada compartida en mayor o menor medida con el resto de los seres. Es, más bien, una originalidad que afecta a su mismo ser. Las cosas, podríamos decir para referirnos a esa originalidad de forma condensada, son; el hombre existe. La síntesis que es el hombre no es, como las cosas naturales, el simple resultado de un proceso natural guiado por la necesidad, el simple agregado de los elementos que la componen. El hombre no es el resultado final de lo que le precede, como el objeto fabricado lo es del proceso de fabricación. La forma de ser propia del hombre es asumir su naturaleza, ejercer activamente el acto de ser. En las cosas se da el ser. El hombre, en cambio, tiene que asumirlo y ejercerlo. El origen del que procede le pone en la existencia, y para ser humanamente el hombre tiene que hacerlo suyo, «cobrarlo» y ejercerlo. Esta relación con su origen podrá ser interpretada bajo formas distintas: como vocación, llamada, envío o incluso como condena. Pero, en todo caso, el hombre no es el resultado de un proceso, sino el destinatario de un acto que reclama su respuesta. Su vida aparece así como la síntesis de un don y una tarea. Como don, consta de unos «antecedentes» que se concretan en una herencia biológica, en una cultura, en una situación de las que el progreso de la especie y su desarrollo personal le irán liberando, pero de las que nunca podrá prescindir por completo. Existir humanamente consistirá en configurar ese don con el que nacemos de acuerdo con la orientación que decidimos darle; consistirá en construir con nuestra naturaleza un destino personal. Expresión de la conciencia y la necesidad de esa orientación de la propia vida abierta por la necesidad de asumir y ejercer el propio ser es la pregunta que surge en el hombre cuando toma conciencia de lo más profundo de sí mismo: «¿qué va a ser de mí?», que muy pronto se convierte en esta otra más rigurosa: «¿qué voy a hacer de mí?» (Zubiri).

La opción-fundamental

A tales preguntas tratan de responder las múltiples opciones y acciones de que consta la vida de una persona. Con ellas construimos en concreto nuestro destino. Pero todas estas acciones se inscriben en un horizonte, requieren una orientación que las organice, las dote de un sentido. Tal horizonte, orientación y sentido lo abre la opción fundamental. Ésta puede ser descrita inicialmente como el ejercicio primero y global de la respuesta personal a esa llamada a ser inscrita en el ser mismo del hombre. ¿Será posible dar de ella una descripción más precisa, identificar de alguna manera su contenido? Sin duda, en ella se trata fundamentalmente de ser, de la realización de sí mismo, de búsqueda de coincidencia con ese más allá de sí mismo con el que el hombre está dotado, del que está permanentemente surgiendo. La opción fundamental será, pues, la respuesta originaria a la radical inquietud que provoca en el hombre el hecho de ser, el de ser iluminado por la verdad sin ser capaz de identificarse con ella, el de ser atraído por el bien sin conseguir identificarse plenamente con él. Si a este movimiento lo llamamos el deseo radical del hombre -deseo que, más que acto del hombre, es el impulso que le mueve a ser y a actuar-, y si a su término lo llamamos la felicidad, la opción fundamental será la respuesta de la persona a la tendencia a la felicidad que la constituye. Al identificarla con la felicidad, nos referimos al contenido de la opción con la palabra que más universalmente ha sido utilizada para designarlo. Porque es un hecho que todos los hombres, en todo lo que desean, desean la felicidad. Pero basta intentar llenar de contenido esta palabra mágica para ver que sólo responde a lo que promete cuando la realidad que la procura se identifica con la verdad, el bien y la belleza; cuando realiza la plenitud de ser que nada mundano realiza y por la que el hombre suspira sin poder alcanzarla. Es decir, que la felicidad sólo

es objeto de la opción fundamental en cuanto es otro nombre para la trascendencia real que los creyentes identifican como Dios. «La opción fundamental, dice Blondel, subyacente a toda acción es implícitamente una opción referida a Dios que trabaja al hombre en su interior». De ahí que la opción fundamental no sea una simple acción referida a un objeto, sino la decisión que crea la apertura que origina las múltiples acciones. No es un acto del que el hombre disponga por entero. Es siempre respuesta a una invitación anterior que la origina, a un hecho fundante que la hace posible. La opción fundamental, la respuesta radical del hombre a la invitación a ser que le constituye, precisamente por ser respuesta a una invitación y no resultado necesario de un conjunto de factores, comporta la libertad del sujeto y puede ser realizada de formas diferentes.

La primera puede ser el intento de ocultamiento de la presencia que reclama la opción, el acallamiento de su voz en lo más hondo de la conciencia. En esta primera respuesta el hombre intenta desentenderse de la necesidad de optar. Se propone renunciar a la opción. Bien bajo la forma de la instalación en la indiferencia más radical que se muestra insensible a los requerimientos que comporta la condición humana, o bajo la forma de la dedicación obsesiva a la acción o la distracción que procura el olvido total de sí mismo. Aparentemente, el indiferente o el distraído consiguen evitar la opción. Pero sólo aparentemente. Porque el no querer ser es, en definitiva, un querer no ser (Blondel), una opción por el vacío, más que una renuncia a la opción. Ni siquiera con el suicidio escapa el hombre a la necesidad de optar, ya que ese intento de aniquilamiento constituye más bien una manera negativa de opción.

La segunda posibilidad abierta a la opción es la de rechazar la invitación a ser, presente en el fondo de uno mismo. Solemos conocerla como increencia. También podríamos llamarla -como hace Kierkegaard en una de las descripciones más impresionantes que se han ofrecido de ella- desesperación. Y puede realizarse bajo dos formas diferentes: la de «no querer desesperadamente ser sí mismo», es decir, la de rechazar la posibilidad de que haya salvación desesperando, y la de «querer desesperadamente ser sí mismo», es decir, la de pretender procurarse la salvación a sí mismo con los propios recursos, es decir, desesperar por presunción o por obstinación.

La tercera forma de opción radical, de respuesta a la invitación a ser que nos habita y nos origina, es la actitud teológica que los cristianos designamos como fe-esperanza-caridad. Ésta no consiste en la simple afirmación racional de la existencia de la realidad fundante. Contiene como rasgo central la acogida y el reconocimiento de la fuerza que hace ser, la «aceptación de sí mismo» (Guardini) como don de la realidad que nos envía a la existencia, la confianza absoluta con que nos entregamos a su impulso creador. Por ella el hombre acoge y hace suya la realidad de su propio origen trascendente. Su ejercicio supone, en primer lugar, saber o, mejor, aceptar y reconocer la propia finitud: no soy todo; no soy la medida de todas las cosas; no soy el dueño ni el pastor del ser, sino que vivo a su luz y de su impulso. Supone reconocer que soy, sin disponer del acto por el que soy. Pero supone, además, un radical descentramiento, producido por la aceptación de ser desde otro, sin disponer de la propia existencia. Sin tal descentramiento es imposible el reconocimiento de la realidad suprema, única capaz de sostener mi ser vacilante. Sin tal trascendimiento es imposible el reconocimiento de la realidad absolutamente trascendente que funda el absoluto relativo de mi persona y, por eso, es más íntimo a mí que mi propia intimidad. «Trascenderé, dice san Agustín, esta fuerza que hay en mí y que llamamos memoria. Sí, la trascenderé para poder llegar a ti, mi dulzura y mi luz... subiré hasta ti que estás sobre mí, trascendiendo a través de mi alma esta potencia mía que se llama memoria» (Confesiones, 10, 17). San Juan de la Cruz, como es sabido, utiliza una gama riquísima de símbolos para expresar la condición humana y su posibilidad de realización. Habla de noche, subida y llama; de ausencia, herida y búsqueda anhelante. Pero, por debajo de todas esas imágenes, la condición humana aparece en su obra sobre todo en esos verbos: salí, iré, volé, que constituyen el eje dinámico de sus poemas y que muestran la existencia como un movimiento permanente de trascendimiento.

Pero este trascendimiento no lleva al hombre lejos de sí, ni le impone ninguna forma de aniquilamiento. En la confianza absoluta el hombre encuentra su última posibilidad de realización, su salvación definitiva; gracias a ella escucha de Dios: «todo lo mío es tuyo». En ella encuentra al fin su felicidad. Recupera la presencia que contiene su verdadera intimidad: «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva... Tú estabas dentro y yo fuera, y fuera de mí te buscaba» (Confesiones, 10,27). Por eso se ha podido decir de la fe que es fundarse «de un modo transparente en Dios» (Kierkegaard, La enfermedad mortal, 101); o, con una expresión equivalente, hacerse confiadamente transparente al propio fundamento. Desde la perspectiva de la libertad, esta opción consiste, no en elegir a Dios entre otros posibles objetos de elección, sino en consentir a la invitación que nos ofrece a ser. En la aspiración a la gracia, decía el Unamuno del Diario íntimo, consiste la verdadera libertad. VD/AMARLA: Querer libremente lo que Dios quiere -escribía García Morente tras su conversión-: he ahí el ápice supremo de la condición humana. En esta opción consiste la raíz de la vida religiosa que las religiones de orientación profética llaman conversión; y la transformación que opera en la persona es tan radical y completa que la califican de un nuevo nacimiento.

En efecto, la opción fundamental, al operar el descentramiento del hombre, le hace ser desde ese Otro que le está dando el ser. Y a ese ser desde otro corresponde una nueva forma de razón que, mas que intentar explicar la realidad, se deja iluminar por su luz; y una nueva voluntad que, más que dominar, consiente y reconoce. Sólo que este consentimiento y este reconocimiento, lejos de suponer el sometimiento a un principio exterior que haga al hombre heterónimo, es la condición para la plena reconciliación consigo mismo de un ser como el hombre, que se caracteriza por su apertura constitutiva a ese más allá absoluto de sí mismo que llamábamos antes lo eterno en el hombre y lo infinito. La opción fundamental reviste formas diferentes en los diferentes contextos religiosos, en correspondencia con las diferentes representaciones del absoluto que los caracterizan. La conciencia de la unidad en

el absoluto, propia del brahmanismo, se torna vaciamiento y extinción de sí en el budismo, sometimiento (islam) completo a la voluntad de Dios en el islamismo, y fe-conflanza-amor hacia el Dios revelado en Jesucristo en el cristianismo. Por otra parte, es posible que, en determinadas circunstancias de secularización avanzada de la cultura y de alejamiento de las religiones tradicionalmente vigentes en la propia sociedad, una persona reconozca el absoluto presente en su interior y escuche su voz que le habla en la conciencia sin identificar religiosamente esa presencia. En algunas ocasiones, ese reconocimiento y esa escucha pueden manifestarse bajo la forma del reconocimiento del Bien y de los valores en los que se desgrana su revelación a la conciencia, o bajo la forma del reconocimiento de la dignidad nunca instrumentalizable de las personas, o bajo la forma del amor interpersonal, o de la fruición y la creación estéticas.

El hecho de que la opción del cristianismo tenga como término la revelación personal de Dios en Jesucristo como sacramento del encuentro con él confiere a esa opción un acento personal inconfundible que se traduce en expresiones como: «hemos creído en el amor», «sólótú tienes palabras de vida eterna», «hemos visto al Señor», «Señor, ¿qué quieres que haga?»... En ellas se manifiesta cómo la Palabra de Dios, el amor de Dios que mora en cada hombre, permite al cristiano reconocer en la Palabra de Dios encarnada en Jesucristo, y en su Amor manifestado en la vida y en la muerte de Jesús, la respuesta a las aspiraciones, las nostalgias y las preguntas que la presencia de Dios siembra en el corazón de todos los hombres.

Pero, cualquiera que sea la formulación expresa de la opción fundamental, siempre sucede que en ella el hombre, al elegirse a sí mismo, al elegir su vida, al optar por ser como única forma humana de existir, está al mismo tiempo eligiendo la felicidad, optando por el ser absoluto, eligiendo la vida.

De la opción fundamental al estilo de vida Sea cual sea la forma que adopte, la opción fundamental orienta y da un sentido a las opciones particulares que comporta la vida de toda persona; define el horizonte en el que se inscriben todos sus actos; de ahí que la opción creyente -para fijarnos en la única que corresponde a la condición humana- impregne la vida de la persona, las múltiples relaciones que comporta (con el mundo, con las otras personas) y origine un peculiar estilo de vida que se concreta en una determinada forma de vivir. Así, haberse descentrado en el único Absoluto libera de la tentación narcisista de encerrarse en el yo, el egoísmo, sus deseos, sus necesidades, sus temores, que pervierte la relación de apertura a la realidad, la aceptación de lo otro, la posibilidad de iluminación por la verdad sobre la que descansa el conocimiento y el reconocimiento de los valores sobre el que descansa la vida moral.

Así, también, haber renunciado a constituirse en el centro del mundo, aceptar existir desde la realidad absoluta que le está concediendo ser a cada instante, libera al hombre del cuidado, excesivo a todas luces, de quien pretende ser el único dueño de su vida cuando es evidente que nadie puede añadir un palmo más a su estatura ni asegurar para sus proyectos la existencia de un solo mañana. Como libera también de la tentación de esperar de los bienes o de cualquier otra realidad mundana la respuesta a su inquietud más profunda, impidiendo así al hombre hacer de lo mundano un ídolo y que ponga en ello su corazón. Reconocer al verdadero absoluto hace que nada de lo que es relativo sea indebidamente absolutizado, convirtiéndose así en un falso señor para el hombre, que no puede más que decepcionarlo. Pero lleva también a no absolutizarse indebidamente frente a los bienes del mundo, a no constituirse en su dueño y señor, ni en su dominador despótico, ni en un explotador sin normas ni límites, sino en un administrador fiel que ve en esos bienes dones no merecidos que agradecer y en los que percibir señales «de la mano del amado» (san Juan de la Cruz) que «del Señor llevan significación» (san Francisco de Asís).

También la relación con las otras personas se ve transfigurada por la opción creyente. Aceptar la propia vida como don, interpretar la tendencia a la felicidad como la invitación de una persona que nos ama, cura de toda tentación a constituirse en el centro único del mundo, despierta a la persona a entrar en la relación personal y la capacita para iniciar con los otros esa relación esencialmente descentrada y respectiva que se concreta en el respeto, el diálogo y el amor. Por eso el cristianismo muestra como inseparablemente unidos el amor de Dios y el amor a los hermanos y hace de este último el criterio de la autenticidad del primero, y del primero, es decir, del amor de Dios, la condición de posibilidad del amor a los hombres. Traducido a términos filosóficos, podríamos decir: «todo hombre representa para los demás una experiencia incondicional»; en ella se hace manifiesta la exigencia de incondicionalidad de la que participamos todos y en la que todos nos reconocemos sin agotarla y que los creyentes descubrimos en Dios. Por eso «el sentido último de la opción incondicional que la presencia del prójimo impone a todo hombre remite, más allá del prójimo mismo, hasta el Fundamento trascendente de su valor. Tiene como término real a Dios. El amor del prójimo implica trascendentalmente (de forma no tematizada y no conceptual) el amor de Dios» (J. Alfaro, Actitudes fundamentales de la existencia cristiana).

Mt/22/36-40: El evangelio ha formulado en términos mucho más expresivos y elocuentes la presencia de los dos planos que venimos describiendo como propios de la vida humana, así como el contenido que cobran en la existencia cristiana. El hombre, a quien sus múltiples deseos llevan a «negociar con piedras preciosas», encuentra un buen día el tesoro de su vida. Entonces se desprende con alegría de lo que hasta entonces llenaba su vida, para hacerse con lo que de verdad desea su corazón. Ha encontrado lo único necesario. Ha optado por el Reino. A partir de ese momento, su vida se guía por nuevos criterios; adopta un nuevo estilo; inicia una transvaloración de todos sus valores. Ha llegado a la felicidad que se desgrana en ese catálogo de formas de la verdadera felicidad que llamamos «bienaventuranzas».

La opción en el tiempo. Opción fundamental y acciones de la vida diaria

La descripción que hemos ofrecido de esta elección por el hombre de su propia vida está sometida a no pocas objeciones, que tienen su principal fundamento en las perversiones a que puede verse sometida la realización

efectiva de la opción. Es evidente que la opción no consiste en un acto aislado, hecho de una vez por todas, y que baste después conservar a lo largo de la vida. Siendo el hombre un ser temporal, que sólo existe en la «distensión de sí mismo» (san Agustín) que llamamos tiempo, la aceptación de sí mismo, la respuesta a la invitación a ser que constituye nuestro origen, sólo puede realizarse en la revocación permanente de la aceptación de un don que permanentemente nos es dado y de la respuesta a una invitación que permanentemente nos es dirigida.

«El hombre es creado» -como recuerda san Ignacio en la meditación sobre el principio y fundamento- no significa que haya sido puesto un buen día en la existencia. Significa que no tiene otra forma de existir que proceder permanentemente del amor creador de Dios. Por eso la fe, como respuesta a la comunicación de Dios, no es una cualidad que se adquiera y se conserve. Es esa forma peculiar de realización de la existencia que consiste en aceptarla en cada momento, en una actitud siempre renovada de confianza. La existencia humana, además de temporal, es espacial y mundana. Sólo puede realizarse en la referencia constitutiva al mundo en relación permanente con los demás. De ahí que la realización efectiva de esa aceptación de la vida que hemos llamado «opción radical» tenga que desgranarse necesariamente en los actos concretos, referidos a los múltiples objetos mundanos, en los que tiene que realizarse la decisión de ser para convertirse en una vida efectiva.

Así, la opción fundamental, la decisión de creer, que es en lo esencial idéntica para todos los hombres, en cada sujeto cobra un cuerpo histórico diferenciado, hecho de las vicisitudes de cada vida y de los actos de cada persona. Naturalmente, desde el momento en que se introduce en la realización de la opción la temporalidad y la duración, y en su contenido los actos concretos en que se desgrana, se introduce también la posibilidad de la discontinuidad y la de la incoherencia. Ésta se hace visible en la desviación de las decisiones y de los actos concretos en relación con la orientación creyente elegida. Pero el peligro de esa infidelidad consistirá, sobre todo, en la posibilidad que entraña de terminar desorientando la vida, de llevar a la ruptura con la orientación elegida.

Conclusión

«Ser o no ser» no es la única cuestión. También lo es, y de manera muy fundamental, «cómo ser». Porque el ser no se da simplemente en nosotros. Desde el poder ser que se nos da, tenemos que ser, tenemos que elegir y construir nuestro ser. Ésta es la opción radical. La opción por excelencia. Nadie puede tomarla por nosotros. En esta opción nos va todo. Como han visto muy bien los orientales, nos va más que la vida y la muerte: nos va la salvación o la perdición. Y es una opción con no pocas alternativas. Podemos elegir ocultarnos la cuestión y vivir «divertidos», pero nunca conseguiremos ocultárnosla del todo. ¡Qué triste es para una persona tener que decir un día: ¿Qué ha sido de mí? ¿Qué he hecho de mi vida?... ! Una vez que nos decidimos a optar, se nos ofrecen dos posibilidades: «exigir» al origen del que surgimos, al padre del que procedemos, la parte que nos corresponde; encerrarnos en nosotros mismos, querer desesperadamente ser de manera exclusiva. Es condenarnos a la «enfermedad mortal» (Kierkegaard), es condenarnos a «disipar nuestra sustancia» (Lc/15/12-13). O aceptarnos a nosotros mismos, consentir a la fuerza que nos impulsa, aceptar escuchar del Padre: «Todo lo mío es tuyo» (Lc 15,31). Y vivir haciendo y diciendo lo mismo a todos los hombres. Entonces no nos empeñamos en aferrarnos a nosotros mismos para ser. ¿Cómo podría salvarse lo finito aferrándose a su propia finitud? Ni nos proponemos ser acumulando, ya sean bienes o acciones o poderes o vana gloria, que el tiempo se encargará de disipar al disipar, al hacer pasar nuestra vida. Entonces comprendemos que la forma de salvar una vida que es don es consentir a la generosidad que nos origina sonándonos nosotros mismos -«hay más alegría en dar que en recibir»- y entrando así a formar parte de la generosidad que llamamos «Dios».

J. MARTIN VELASCO

SAL TERRAE 1994, 4. Págs. 251-263

SEGUNDA PARTE: CONCEPCIÓN DEL HOMBRE Y MADURACIÓN MORAL

CAPÍTULO I: Una concepción del hombre

Siendo un principio cristiano formar hombres dotados lo más completamente posible en las virtudes y valores humanos, trabajen asiduamente para obtener un desarrollo humano integral que sirva de base sólida a la acción sobrenatural de la gracia. Para lograr esa formación humana, esfuércense por alcanzar: el conocimiento real y objetivo de sí mismos, de sus posibilidades y limitaciones; la aceptación de sí mismos, que les permita trabajar con realismo y serenidad en la propia superación; el orden recto entre el mundo instintivo, los sentimientos y emociones, y las facultades superiores de la inteligencia y de la voluntad; un carácter recio y una voluntad iluminada por la luz de la razón y de la fe, clara en sus objetivos y tenaz y decidida para conseguirlos; una conciencia rectamente formada. El sabio griego Aristóteles decía que un pequeño error al principio se hace grande al final. Por eso, ahora que nos hallamos al inicio de un estudio sobre la madurez humana, se hace necesario esclarecer nuestro concepto de hombre cristiano. Sabiendo bien qué significa hombre cristiano podremos dar un paso adelante y decir algo sobre cómo debe llevar su vida.

La mirada de cada hombre esconde un misterio. En ella descubrimos un secreto que nos dice mucho, pero que no podemos contar ni medir como hacemos con las demás cosas. Para nosotros y para los hombres de todas las épocas, el ser humano ha sido y seguirá siendo un enigma. Cualquier reflexión sobre el hombre, por superficial que sea, mostrará que es un ser complejo; compuesto de varios elementos, pensamientos y sentimientos no sólo

diversos, sino a veces, aparentemente contrapuestos. Algunos, constatando esta tensión en el hombre, le han llamado: un ciudadano de dos mundos. Está abierto al infinito y tiene la capacidad de conocer y amar lo que le trasciende, pero se encuentra limitado por las circunstancias de su corporeidad. Los hombres en sus vidas buscan la verdad, el amor, la amistad y todos estos valores que van más allá de esta vida cotidiana, sin embargo, se hallan sometidos al círculo temporal de la vida y la muerte como cualquier otro animal. Un ser capaz de amar y de odiar, que sabe reír y llorar. ¿Es esto el hombre?

Si preguntamos a los filósofos, nos dicen que el hombre es la composición del espíritu y la materia. Por su dimensión espiritual, el hombre, aunque sigue teniendo las características de los demás animales, tiene algo que le hace radicalmente diverso a ellos. Es un ser racional que puede conocer lo real y profundizar en sí mismo. Gracias a su libertad tiene la capacidad de realizar actos libres y conscientes, es decir, es responsable y dueño de sus actos. Junto con la apertura a la cosas del mundo posee también una apertura a los demás, siendo el único animal capaz de establecer una relación de tú a tú con sus semejantes, capaz de sentarse con los demás para tener una conversación amistosa.

Todo esto le viene al hombre por ser espiritual, pero el hombre también es cuerpo; por lo cual se halla sujeto a las mismas condiciones determinantes de todo animal: nacimiento, maduración, muerte. Para poder conocer depende de sus sentidos externos. Cuando le quitan una parte de su cuerpo, la vista, por ejemplo, todo el hombre se ve afectado. Tan sólo con experimentar un dolor físico se descubre que, por más espiritual que sea el hombre, tiene una dimensión corporal.

No sólo los filósofos tienen teorías sobre el hombre. Si nos acercamos al hombre desde un punto de vista político, vemos un ser que pertenece a un Estado, que tiene derechos y deberes. La biología vería un mamífero con ciertas características especiales como un sistema nervioso muy avanzado. Algunos antropólogos dirían que el hombre es un primate que tiene la piel desnuda, la postura erecta, la mano capaz de todo género de operaciones y el cerebro voluminoso y diferenciado de forma que le permite manifestaciones de inteligencia. La paleontología, por su parte, añadiría que el hombre es un antropoide con un espacio craneal determinado y que apareció en la tierra hace 200.000 años.

Pero resulta evidente que la ciencia y la razón solas nunca pueden llegar al conocimiento completo del hombre. Aportan muchos datos que nos ayudan a conocer mejor al hombre. Sin embargo, cuanto más lo conocemos, más vemos que el hombre, en su complejidad, es un misterio que ni la misma razón puede explicar. Según la biología genética, en un sólo gen está escrita toda la información sobre el hombre, hasta el color de sus ojos. Frente a esta realidad compleja y maravillosa, es necesaria la iluminación desde arriba. Recurramos pues a lo que nos ha revelado el Creador mismo del hombre. Además, la madurez a la que nos referiremos es el crecimiento en la vida cristiana, que no es otra cosa que vivir enamorado de Dios; por eso nos dirigimos ahora a la Biblia para ver qué nos dice del hombre.

1 Criatura e imagen de Dios

Leemos en Génesis 1, 2627: «Y dijo Dios: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y mande en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las sierpes que serpean por la tierra”. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó».

No se trata aquí de responder a cómo y cuándo Dios creó al hombre, sino de reconocer que cada hombre existe gracias a la creación libre y amorosa de Dios.

¿Por qué existo yo y no otro en mi lugar? ¿Por qué nací en esta época y no en el tiempo de Buda o de Cristo o de Cristóbal Colón? Se pueden encontrar muchas respuestas a estas preguntas. A fin de cuentas, la única válida será: porque Dios lo quiso. Cada uno de nosotros es un pensamiento y un amor singular del mismo Dios. Ésta es una reflexión que todo hombre debe hacerse con profundidad y serenidad.

Después de la cual no le queda sino elevar un canto sencillito de agradecimiento, como éste de los hijos de Israel:

«¡Aleluya! ¡Alabad a Yahveh, todas las naciones, celebradle, pueblos todos!

Porque es fuerte su amor hacia nosotros, la verdad de Yahveh dura por siempre» (Sal 117).

Por encima de todo eso, la Biblia nos presenta al hombre no solamente como criatura, sino también como imagen de Dios. La expresión de esta semejanza se encuentra en la libertad y en la conciencia que nos permiten decir sí o no a Dios mismo. Dios respeta esta libertad que él nos ha dado. El hombre puede escoger entre el bien y el mal, entre Dios y las criaturas, puede salvar o perder su vida. Ningún otro ser material en el mundo puede hacer esto por más valioso o hermoso que sea. Pero todos los hombres por más oprimidos que estén o pobres que sean, pueden escoger entre amar o no amar a Dios.

Aunque aquí no se trata de probar que Dios existe o que el ateísmo es incoherente, cabe mencionar que el hombre sin Dios es un absurdo. Ni su propia existencia, ni la verdad, ni la felicidad que todo hombre busca tendrían un fundamento. Sin Dios, nada vale; la vida pierde su sentido, viene a ser una sucesión de día tras día sin fin, que le lleva inevitablemente hacia una muerte segura e incierta. Basta leer aquellas palabras del filósofo británico ateo, Bertrand Russell, en su libro, *A freeman's Religion*, donde dice de la muerte:

«Breve y sin poder es la vida del hombre, sobre él y toda su raza cae la lenta pero segura sentencia, oscura y sin compasión. Ciega al bien y al mal, derrochadora de destrucción, la materia omnipotente lo arrolla en su camino sin enternecerse. El hombre, condenado hoy a perder a sus seres queridos, mañana a sí mismo para pasar por las puertas de oscuridad...»

Palabras tristes que nacen de un corazón vacío por falta de Dios. Quitar a Dios de la vida del hombre es dejar al ser humano cojo, de tal manera que siempre va buscando, y cada vez más ingenuamente, muletas para soportar su existencia. Una labor destinada a fracasar ya que ninguna muleta, por buena que sea, puede sustituir un pie sano.

2 Imagen de Dios caída

La Sagrada Escritura nos presenta otra faceta del rostro humano. El hombre por el pecado es una "imago Dei" caída (cf. Gn 3, 115). Lleva la imagen de Dios, pero ya herida y desfigurada. El pecado nos ha dejado en el alma, según santo Tomás, la ignorancia, la malicia, la fragilidad y la concupiscencia. Estas heridas sellan al hombre con una inclinación al mal. De ahí la lucha que sentimos. Aún los grandes, como el apóstol san Pablo, están expuestos a esta lucha. Él mismo nos la describe muy bien en la carta a los Romanos:

«Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco (...). Descubro, pues, esta ley: aun queriendo hacer el bien, es el mal el que se me presenta. Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Pobre de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo que me lleva a la muerte?». (Rm 7, 1524).

Así, todo hombre siente la propia incoherencia, las propias contradicciones; capaz de amar pero lleno de rencores, buscando la paz y la felicidad pero no siempre actuando según lo que pretende. Así, el hombre ama su familia pero le causa sufrimiento. Ama a Dios, pero también le traiciona.

3 Imagen de Dios restaurada por Cristo

Pero esto no debe conducirnos al desánimo. No todo está perdido. De hecho, con Cristo, la realidad humana resulta mejor. El mismo san Pablo, que lamenta el estado de su vida, añade en seguida:

«¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor! (...). Ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús os liberó de la ley del pecado y de la muerte (...). Recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados». (Rm 7, 258, 17).

No se trata de caer en un optimismo ingenuo. La redención del hombre realizada por Cristo elimina todos los efectos dañinos del pecado original, pero le deja todavía la herida. Por eso, nos es preciso trabajar para adquirir, en su plenitud, la restauración obrada por Cristo. Como cada empresa tiene sus proyectos, el proyecto de vida del hombre es la adopción de un nuevo corazón, es conocer y amar como Cristo, es hacerse un nuevo Cristo en el mundo, en lenguaje paulino, es revestirse del hombre nuevo en Cristo.

Más tarde tocaremos el tema de Cristo como imagen del Dios vivo, y modelo perfecto del ser humano. Baste ahora decir que si el hombre cayó por el pecado, en Cristo fue resucitado a la dignidad de hijo de Dios.

En resumen, la concepción del hombre que nos presenta la Sagrada Escritura, es la de un ser creado por Dios a imagen suya, sostenido por él en su providencia, dañado por el pecado, restaurado por Cristo, con la tarea y los medios para realizar dicha restauración en la propia vida.

Se añade una consideración de la realidad del hombre: una criatura que depende de Dios en su ser y su obrar, que no existiría si el amor de Dios no la sostuviera y que, por lo tanto, necesita de Dios radicalmente. Lo que define el ser humano no es principalmente su libertad sino su dependencia de Dios: una criatura que todo lo ha recibido de la bondad del Creador, que es sólo administradora de los talentos recibidos; una criatura que, además, ha sido herida por el pecado y, por ello, es débil e íntimamente contradictoria, necesitada de la misericordia y de la redención de Cristo.

Capítulo 2: LA OPCIÓN FUNDAMENTAL

Cuando por fin los trabajadores británicos y franceses unieron los dos lados del túnel que se construyó debajo del Canal de la Mancha, festejaron el acontecimiento con una celebración llena de emociones y esperanzas. Por primera vez en la historia, Inglaterra estaba conectada al continente europeo por tierra. Detrás de este hecho histórico, se encontraba una obra que había requerido grandes esfuerzos humanos. Para llevar a cabo este proyecto intervinieron ingenieros, arquitectos, marineros, banqueros, políticos, empresarios, abogados, psicólogos y muchas otras personas. Cada uno de ellos tenía muy claro lo que quería lograr: construir un túnel debajo del mar conectando Inglaterra y Francia. Con la meta fijada, trabajaron con mucho empeño empleando los medios que tenían para realizar la empresa.

Lo mismo, o mucho más, podemos decir de la vida humana. Lo más importante que poseemos es la vida. Sin ella nada tiene sentido. Además, el hombre vive una sola vez. Tiene esta vida para vencer o fracasar. Por eso es muy importante que tenga muy claro lo que busca en la vida. Sólo así puede coordinar todos sus esfuerzos para realizar su proyecto de vida.

De lo que dijimos en el capítulo anterior, queda claro que, el hombre al preguntarse sobre la propia vida no puede hacer nada mejor que acudir al Dios que le creó y le sigue manteniendo vivo. En él puede encontrar el plan de su vida. Puede descubrir a dónde tiene que llegar su túnel, es decir, dónde va a encontrar su realización como hombre y su felicidad ahora y en la eternidad. Tratar de buscar un sentido a la vida fuera del plan de Dios será una pérdida de energías.

Puede haber muchas opiniones sobre cuál es el camino de una vida humana, pero todas deben centrarse sobre estos dos principios: conocer lo que Dios quiere y hacerlo.

Esto no es puramente teórico, se trata de echarle una mano a Dios para que lo que está proyectado en su plan sobre cada uno se realice.

Como se ve, es un prestarse, no un acatamiento pasivo a un Dios tremendo y Todopoderoso. Es una decisión de un hombre libre que responde en su libertad al amor del amado que es su Creador. A esta decisión consciente y madura la llamamos la opción fundamental.

La llamamos fundamental porque orienta toda la vida hacia la realización del ideal elegido. Hablaremos más tarde de ella. Ahora contemplaremos algunas actitudes negativas, pero comunes, que suelen surgir ante esta opción por Dios. Tristemente, hay muchas personas que viven toda su vida sin hacerse esta pregunta fundamental sobre lo que están buscando y dónde lo van a encontrar. A veces uno se encuentra con estas personas que van de un lugar a otro como mariposas en primavera; viven muchos años en una inseguridad tremenda, en una búsqueda continua de algo para sentirse tranquilos y en paz, para sentirse realizados. Viven como viajeros sin destino. Sus vidas parecen guiadas por una serie de ilusiones, de emociones y sentimientos, producto de la rutina y la superficialidad ambientales. Por eso, caen víctimas de la primera tentación o desviación que encuentran, o mejor dicho, no se desvían porque el que no tiene dirección nunca puede desviarse.

Proceder así es malgastar la vida con poco fruto. Es vivir, en el fondo, siempre descontento. No hay un principio de unidad al cual debe orientarse toda vida. Esta falta de orientación se manifiesta, sobre todo, cuando surgen las dificultades, que son normales en la vida y causan, no pocas veces, desesperación, insinceridad y doblez.

Por otro lado, hay algunas personas que ven a Dios como un juez estricto que coarta la libertad del hombre. Dicen que aceptar la voluntad de Dios en la vida es atarse y restringir la libertad.

Muchas personas creen que amar a Dios significa sacrificar placeres, cargarse con compromisos pesados como ir a misa los domingos, etc. Otros dicen que la ley de Dios les priva del "derecho de escoger" opciones como el aborto y la eutanasia. En el punto de partida de estas personas, se encuentra una concepción errónea de Dios. Como vimos en las reflexiones anteriores, la relación entre Dios y el hombre se encuentra en el orden del amor. Dios nos quiere libres, no esclavos de su ley; nos hubiera podido crear sin la posibilidad de escoger y seríamos robots o como plantas. Sin embargo, nos quiso libres con una voluntad que puede conformarse con la suya.

Lo importante es captar que Dios es amor, no un juez que obliga al hombre con compromisos difíciles. Dios, como nos dice san Juan, es amor. Dios es el que nos dio la libertad y nos la respeta. Es verdad que el infierno existe y no es un lugar feliz. Pero Dios no nos pide tanto el miedo y temor del infierno, cuanto un amor generoso y gozoso: el amor de un hijo agradecido por lo que le ha hecho su Padre.

El hombre feliz es el que ha encontrado a Dios y trata en la vida de corresponder a lo que Dios quiere de él.

1 Una opción en el amor y la libertad

Anteriormente vimos que la cosa más importante en la vida es encontrar lo que Dios quiere de uno y seguirlo; a esto lo hemos llamado opción fundamental. Ahora bien, como cualquier opción profunda, tiene que plantearse bien para que pueda ser el fundamento de una vida feliz.

Si pensamos en los corredores de cien metros en las olimpiadas, vemos que tienen la meta muy clara: llegar al final en el menor tiempo posible. Lo mismo aquí, Dios es la meta de toda vida humana. Él es el único fin último. Todo lo demás son medios que Dios pone a nuestra disposición para hacernos más fácil el camino hacia él. Por ejemplo, la fe, la vocación, el matrimonio, la amistad, la salud, el carácter personal, el bienestar... son medios que bien aprovechados nos llevan a Dios.

Siguiendo la imagen de la carrera, la opción fundamental a la que nos referimos arriba es como el primer impulso. Se puede decir que todo depende de éste. Si se hace bien, se tiene la seguridad de salir con éxito. Cuando la salida es mala, el atleta pasa toda la carrera tratando de superar el efecto de este error inicial.

Por eso, lo primero que necesitamos es conocer el rumbo que Dios nos marca. Hay que hacerse la siguiente pregunta:

¿Qué es lo que Dios nuestro Señor en su admirable providencia tiene reservado para mí?

Claro, no se tiene una respuesta cierta y general. En la búsqueda del propio camino para realizar el plan de Dios, el hombre utiliza los medios ordinarios con que Dios le ha dotado: su inteligencia y su corazón. El hombre reflexivo considera la providencia de Dios en las circunstancias de la vida: el ambiente que le rodea, los encuentros que tiene, los pensamientos que le animan, los acontecimientos que presencia, las palabras que escucha. A través de todo ello la mano de Dios va guiando sabiamente al hombre hacia su destino.

Además, cuenta con los dones naturales y sobrenaturales que confirman esta presencia divina: sensibilidad ante las cosas espirituales o ante las necesidades del mundo, pasión por los hombres necesitados de Dios, nobleza en las aspiraciones y valores, impulso hacia determinadas formas de servicio, la oración, el consejo de hombres experimentados, etc. Así es como el hombre encuentra la voluntad de Dios en su vida.

Conociendo la voluntad de Dios, sea ésta servir a Dios y a los hombres como investigador, sacerdote, soltero, casado, banquero, político, médico, albañil, profesor o cualquier otra profesión, el hombre puede hacer la opción profunda y amorosa de seguirla. Así tendrá un punto de partida sobre el cual fijar su actividad humana, en definitiva, su propia felicidad. Para poder ser coherente con esta opción, toda la vida, todos los días, es importante que la decisión brote de la libertad personal. No se puede hacer una opción fundamental coaccionado o motivado por fuerzas ajenas a la propia convicción, tampoco puede plantearse la cuestión con superficialidad de modo que a la primera dificultad en el seguimiento del camino elegido, surja la duda y el replanteamiento de la misma. Todo esto presupone un grado de madurez del cual hablaremos más tarde.

El por qué de la adhesión firme a la voluntad de Dios no se agota solamente en la libertad; es decir, no se escoge seguir la voluntad de Dios solamente porque se es libre y se tiene la capacidad de escoger. Esto no basta. El hombre

se mueve por motivos. El impulso hacia la acción nace de necesidades que piden ser satisfechas y valores que piden ser poseídos, es decir, por un dinamismo motivacional. Nadie escapa de esta realidad; todo acto de voluntad tiene un contenido y está orientado hacia un fin, mediato o inmediato.

El camino de la voluntad de Dios es arduo, nadie desea seguirlo si no está profundamente motivado. El dinero, la comodidad, la fama, el placer, el deseo egoísta de la propia realización, el prurito filantrópico, son motivaciones en la vida. ¿Qué puede motivar a un hombre para entregarse a la búsqueda de la gloria de Dios y al servicio de los demás?

La única fuerza es la del amor. San Agustín decía que el amor determina el "peso" de una persona:

«Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado» (Confesiones, XIII [IX], 10).

El amor hace al hombre capaz de sacrificios, de grandes realizaciones.

«El hombre tiene necesidad profunda de amar y de ser amado. El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida carece de sentido si no se revela al amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace suyo, si no participa de él vivamente».

(Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 10).

En el amor encuentra el sentido de su existencia, aquello que polariza y orienta todos sus anhelos, actividades y comportamientos.

Cuando falta el amor los pretextos abundan, pero cuando hay amor «la carga es suave y la cruz ligera», porque el amor todo lo puede, todo lo sufre, todo lo supera.

La opción fundamental por Dios, entonces, es un acto libre, motivado y sostenido en el amor y por el amor.

2 Cristo, ideal

Para lograr esta adhesión amorosa a Dios, la inteligencia y el corazón tienen necesidad de un ideal que les inspire, les impulse y les mueva; una persona, modelo cuya contemplación marque siempre el camino a seguir e infunda nuevas fuerzas en todos los momentos. Muchos en el mundo forjan sus ideales personales en la carrera, o en el futuro matrimonio o en cualquier plan humano por realizar. El que aspira a vivir una vida auténtica y cristiana debe tener como ideal la persona adorable de nuestro Señor Jesucristo.

Por su encarnación, Cristo, Dios y hombre verdadero, ha querido unirse con el hombre en todo, menos en el pecado. Él es el modelo del "hombre perfecto" (cf. *Gaudium et spes*, 38). En él encontramos el ejemplo más perfecto de cómo vivir amando a Dios y a los hombres.

Un breve recorrido por el evangelio nos muestra de una manera clara cómo Cristo vivió su adhesión a la voluntad del Padre. Desde un inicio nos lo presenta en un actitud de entrega, consecuencia de aquella opción fundamental de su vida.

«He aquí, oh Dios, que vengo a hacer tu voluntad» (Hb 10, 7).

También nos lo presenta con un dominio absoluto sobre sus emociones y sentimientos, que nunca fueron obstáculos en su camino hacia el Padre ni en la realización de su misión, sino una ayuda preciosa para ese camino.

«Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor. Entonces dice a sus discípulos: La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 35-38)

Lo vemos siempre en una actitud de entrega y servicio incansable, predicando el amor como la forma más perfecta de santidad y realización.

«De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración. Simón y sus compañeros fueron en su busca; al encontrarle, le dicen: "Todos te buscan". Él les dice: "Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique; pues para eso he venido". Y recorrió toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios. Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: "Si quieres, puedes limpiarme". Compadecido de él, extendió su mano, le tocó y le dijo: "Quiero; queda limpio". Y al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio» (Mc 1, 35-42).

No es menor en la persona de Cristo esa coherencia, esa serenidad, como quien sabe a dónde va y por dónde va; nunca una duda, nunca un titubeo, y no porque no le costase nuestra redención, sino porque él ya había optado por salvarnos y no podía echarse atrás.

«Cuando tuvo doce años (...) lo encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían, estaban maravillados por su inteligencia y sus respuestas. Cuando lo vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando". Él les dijo: "Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?"» (Lc 2, 41-49).

Y, finalmente, impresiona hondamente en Cristo esa conciencia santísima que le permite exclamar al final de su vida: «Todo está cumplido» (Jn 19, 30).

Y que hace rabiar a los fariseos con aquel reto: «¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador?» (Jn 8, 46).

Éste es el ideal del cristiano: adquirir la fisonomía de Cristo. Pero identificarse con Cristo implica su imitación. Y ésta, para ser auténtica, debe basarse en el amor real y personal a Cristo porque quien ama piensa en el amado, busca estar con él, desea asemejarse él. Dado que nadie ama lo que no conoce, este amor personal a Cristo debe partir de un conocimiento personal de Cristo. ¿Y qué mejor medio tenemos que el Evangelio y la Eucaristía para llegar a este conocimiento sencillo y real?

Nuestra pretensión no es tratar de una manera completa y profunda las dimensiones espiritual y sacramental de la relación del hombre con Cristo. Baste decir que, en la obra de la transformación en Cristo, Dios como primer

interesado, concede todas las gracias necesarias. Si hay un fallo, eso viene más bien del hombre que ha hecho una opción, pero no ha puesto los medios para ser coherente con ella, y no de la gracia de Dios.

3 La identidad de vida y la coherencia

Queda claro, entonces, que no solamente es necesaria la decisión de amar a Dios, sino que también hay que ser coherente con aquella. Ser coherente implica buscar una identidad de vida entre lo que uno es y lo que uno pretende ser. Como dijimos, el hombre es una imagen de Dios deformada, por eso, este trabajo de identificarse con su ideal no resulta fácil. Necesita un esfuerzo continuo que abarca todos los instantes de su existencia de tal manera que toda su vida consiste en conformarse con su opción fundamental.

Entendámonos bien, esto no significa que en cada momento tiene que replantearse su opción por Dios, sino que tiene la oportunidad de consolidarla y crecer o dejarse llevar por el camino de la dualidad en donde uno pretende una cosa y actúa diversamente. Esta dualidad se da cuando un hombre que ha optado conscientemente por Dios se deja llevar por el amor propio, el egoísmo, la pereza y la sensualidad, el deseo de quedar bien, de dar buena imagen, todo al precio de su opción fundamental. Es verdad que muchas veces estas incoherencias se dan por debilidad humana, pero el aceptarlas es hacer daño a la propia conciencia y al propio equilibrio humano.

Para ser coherente es necesario que el pensar y el obrar vengan de unas convicciones profundas comunes. No se puede tener el ambiente, los sentimientos, la opinión de los demás "por muy buenas que sean" como base de la vida. El único que puede mantenerse fiel es el que ha hecho su opción por Dios basada en las convicciones profundas, como son: el amor de Dios para con nosotros, el amor personal de Cristo, la propia responsabilidad de corresponder a este amor predilecto del Creador y Salvador.

Ahora bien, todo esto presupone una cierta madurez humana. Ésta no se da normalmente en el hombre sin formación y esfuerzo. El hombre caído tiene que trabajar para lograr su madurez humana. Ésta le servirá como cimiento sólido y agarradera maciza que le ayude a ser fiel a sus compromisos para con Dios, para con los demás y para consigo mismo. Sin esta madurez se pierde la vida trabajando afincado sobre una serie de ilusiones, emociones y sentimientos.

Cultiven la madurez humana, que consiste en la coherencia entre lo que se es y lo que se profesa, y que tiene su expresión externa más convincente en la fidelidad y responsabilidad en el cumplimiento de los compromisos y deberes contraídos con Dios, con la Iglesia y con los hombres. Para ello, esfuércense por lograr la capacidad de tomar prudentes decisiones y opciones definitivas, la estabilidad de espíritu, la integración serena de las fuerzas emotivas y de los sentimientos bajo el dominio de la razón y de la voluntad, de la fe y de la caridad, la actitud de apertura y de donación constante a los demás, sin acepción de personas, y la rectitud en el modo de juzgar sobre las personas y sobre los acontecimientos de la vida.

Capítulo 3: LA MADUREZ HUMANA

Concluimos el capítulo anterior hablando de la importancia de la madurez humana. Todavía podemos preguntarnos por qué el hombre tiene que ser maduro o qué distingue al hombre maduro del inmaduro. Al inicio dijimos que sólo en Dios el hombre encuentra el sentido y el fin de su vida. Por eso, hablamos de la opción fundamental como elección consciente y amorosa por conformar la vida con el plan de Dios. Hecha la opción fundamental, el siguiente paso es ser coherente con ella, pero el hombre como "imago Dei" difuminada por el pecado debe trabajar toda su vida para adquirir esta coherencia.

Ahora bien, este trabajo de identificación con la opción por Dios necesita como plataforma y cimiento de construcción, la madurez humana.

El gran edificio de la santidad siempre encontrará dificultades, a veces insoslayables, donde falta esta formación humana. Es un hecho que la gracia de Dios es lo que más perfecciona al hombre. Pero la gracia no tiene sentido sin el hombre. Necesita un hombre maduro como tierra fecunda para que crezca la semilla. Sin esta base, la semilla de Dios cae en medio de abrojos.

Muchos proyectos de vida y programas espirituales buenos mueren porque falla el hombre. Se pretende ser sin poner los medios adecuados, cuando no se llega a la insensatez de aplicar los contrarios. ¡Cuántas veces después de un retiro, un momento de reflexión, se proponen unas metas que acaban muriendo en un cajón de cosas por hacer! ¡Cuántas personas han llegado a fracasos morales, económicos, familiares, sabiendo bien lo que debían hacer, pero sin haber puesto los medios necesarios para realizarlo! Todo esto se debe en gran parte a la inmadurez. Además de ser el cementerio de buenos proyectos, la falta de madurez es causa de inestabilidad y frustración en la vida. Pues una persona que vive según las pasiones, según las impresiones del momento, no puede hacer una opción en la vida sin dejar de replanteársela, ponerla en duda, traicionarla, muchas veces, perdiendo así tiempo y energías en una serie de obras emprendidas y nunca terminadas. Es como aquel artista que destruía toda obra comenzada con la ilusión de hacer una mejor, siempre insatisfecho y sin lograr terminar ninguna.

1 La madurez humana y sus contrarios

Siendo tan importante la madurez humana, conviene precisar un poco lo que es, porque el concepto que uno tiene de ella determina mucho el modo de buscarla. La madurez no es una cualidad única, sino una virtud formada por muchos y variados aspectos. Es como una melodía, un tejido de notas, que juntas dan la armonía que produce en nosotros diversos sentimientos de alegría, de paz o de nostalgia al escucharla. No se puede reducir la melodía a una

de las notas. Así la madurez se nos presenta como una gama de actitudes ante la vida. Recurramos a la descripción de sus manifestaciones para discernir el mejor modo de entenderla. Si vamos a describir la madurez, la pregunta ¿qué es la madurez? puede convertirse en ¿quién es el hombre maduro?

En el documento "Optatam totius", los Padres del Concilio Vaticano II lo describen con estas cualidades: estabilidad de espíritu; capacidad para tomar decisiones prudentes; y rectitud en el modo de juzgar sobre los acontecimientos y los hombres (cf. 10). Difícilmente se puede dar una mejor descripción de la madurez humana. Comprende todos los conceptos involucrados en el término "madurez". Sin embargo, si todavía parece genérica, podemos concretarla analizando algunas de las cualidades más destacadas de una persona madura. Pero primero, veamos una opinión que se suele dar acerca de lo que es la madurez humana.

Para algunos, la madurez consiste en llegar a una edad en la que se puede hacer todo lo se quiera, sin límite. Tal es el caso de aquella universidad de Londres que ofrece gratuitamente a los nuevos alumnos una copia de un libro llamado "All the questions I always wanted to ask, but was afraid to ask" ("Todas las preguntas que siempre quise hacer, pero tuve miedo de hacerlas"). Detrás de este título misterioso, se encuentran una serie de ayudas prácticas para el joven que está viviendo fuera de casa por primera vez, es decir, ya "maduro", sobre cómo moverse mejor en la vida. Entre otras cosas, el libro ofrece información de cómo usar y dónde encontrar contraceptivos, dónde se encuentran los clubes homosexuales, cómo conseguir dinero para el aborto y mucho más.

En muchos países, a veces sucede que, llegada cierta edad, el joven es considerado automáticamente "maduro", lo cual implica el derecho a consumir bebidas alcohólicas y frecuentar ciertos lugares reservados para personas "maduras". El error fundamental, podemos decir, en estos casos, es una concepción unilateral de la madurez. Quienes así piensan se preocupan más de lo que se puede hacer que del por qué hacerlo. Ser maduro es mucho más que poder realizar ciertos actos considerados maduros. En realidad, lo importante es que el joven que llega a esta edad sepa no solamente lo que puede hacer, sino por qué y en función de qué puede hacerlo.

El uso de las cosas tiene que estar determinado por un fin que el mismo hombre pone y no viceversa. El hombre no toma cualquier carretera por el mero hecho de tener un coche. Para saber qué carretera tomar, es preciso tener una idea de dónde quiere ir. Por eso, es necesario que el joven tenga un claro objetivo de lo que se pretende en la vida, lo cual determinará el uso de los medios que tiene.

2 Algunas cualidades de la madurez humana

Procedamos ahora a un análisis de algunas de las cualidades más destacadas de la madurez humana. Es decir, nos ponemos con los ojos bien abiertos ante el cuadro de la persona madura tratando de identificar lo que en ella se destaca.

En primer lugar, una persona madura se nos presenta como alguien que ha adquirido la capacidad habitual de obrar libremente. Es decir, una persona que hace opciones conscientes y responsables, con estabilidad, sin tener que pasarse la vida replanteándose sus decisiones, sin adquirir una seguridad y una certeza sobre ellas.

Entendámonos bien, no se trata de no cometer nunca errores o de no cambiar nunca de opinión, sino de tener claros algunos principios fundamentales en la vida. Un ejemplo común de lo contrario a la madurez son las personas que han dicho sí a Dios, y después replantean mil veces su decisión. Hay personas casadas o consagradas que cada vez que surge una dificultad en su vida, sea en la castidad, en la obediencia, en la vida familiar o profesional, se replantean la vocación como si no hubiera habido libertad cuando optaron por Dios.

Esto no quiere decir que no haya momentos de dificultad o que las dificultades no cuesten; al contrario, cuesta ser fiel. Pero las dificultades no significan un error en la opción.

Una segunda cualidad de la persona madura es la adquisición de un dócil y habitual autocontrol emotivo con la integración de las fuerzas emotivas bajo el dominio de la razón. Esto quiere decir que la persona madura está lejos de vivir de sentimentalismo, de impulsos, de tendencias. Como vimos en el ejemplo de Cristo, la persona madura vive de principios, de dominio personal, de convicciones aunque a veces los sentimientos quieran dominarla. En cambio, no es raro encontrarse con muchas personas que viven aferradas a los sentimientos, a las pasiones del momento, olvidando principios, su orientación y estado de vida.

¿Cuántas personas se encuentran con buenas intenciones que nunca pueden realizar porque viven encerradas en el sentimentalismo! Por ejemplo, hay personas que pierden de vista todos sus principios por una razón tan banal como es perder un partido de fútbol u otra competición deportiva, o por una pequeña discordia familiar. Es un espectáculo triste el hombre que no ha formado la madurez para ejercer un control sobre sus fuerzas emotivas, y que vive como una marioneta de sus pasiones. Lo que se requiere es el control emotivo que vemos en Cristo en aquel momento difícil de su vida en Getsemaní. Sí, Cristo estaba triste y nos lo dijo, pero tenía muy claro lo que era la voluntad del Padre y se agarró con todas sus fuerzas a ella:

«Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo. Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así: Padre mío, si es posible, que pase de mí esta cáliz, pero no sea como yo quiero, sino como quieras» (Mt 26, 3839).

Si la madurez exige autocontrol emotivo, también implica una estabilidad en los proyectos de vida personales en un clima de aceptación y serenidad. La capacidad de aceptar el propio estado de vida y llevarlo adelante con responsabilidad. Lo contrario de esto es el capricho. El que quiere todo y nada sigue, compromete todo y deja todo, el que está siempre abierto a la moda, a lo nuevo, sea o no compatible con su estado de vida. El inmaduro es el hombre casado que quisiera ser religioso o el religioso que quisiera estar casado. Este escollo es un infantilismo que no permite ninguna continuidad en la vida.

El hombre maduro es más, es el que se comporta según la autonomía de la propia conciencia personal, es decir, según los dictámenes de una conciencia rectamente formada a la luz de la ley natural y de la fe en Dios. El hombre maduro es capaz de sacar de su interior juicios rectos sobre los acontecimientos y los hombres. Es el que no depende de los criterios de moda o las ideas llamativas que pululan a su alrededor. Esto no se refiere solamente a los grandes acontecimientos políticos o económicos. Se refiere también a la manera de juzgar y ver las cosas normales y cotidianas. Es signo de inmadurez cuando una persona, habiendo elegido libremente un compromiso, pasa parte de su tiempo viviendo fuera de los parámetros que se asumen al contraer este compromiso. Por ejemplo, ir a la Universidad y, en vez de acudir a clases, quedarse charlando en la cafetería o, ir a misa y salirse del templo durante la homilía para fumarse un cigarrillo.

Por último, y no por ello menos importante, el hombre maduro vive en actitud de donación y de apertura, de servicio, de entrega a los demás. Rechaza todo tipo de egoísmo, de encerramiento en sí mismo, de particularismo y de individualismo. Todas estas cualidades manifiestan la actitud de una persona que ha hecho una opción delante de Dios y vive de cara a él. Para este cristiano maduro, el único fin en la vida es Dios, las demás cosas son sólo medios para alcanzar su fin. Por eso no puede quedarse solamente en las criaturas como si fuesen todo. Es una persona que se entrega no porque los hombres le ven y le aprecian, sino porque su amor a Dios le impulsa a ello. Éstas son las personas que se dedican al servicio de los demás, muchas veces con mucho sacrificio, pero nunca se quejan o llaman la atención sobre sí mismas. Viven contentos porque tienen bases profundas.

Sin embargo, es muy común en nuestra época, encontrar personas que llevan una vida aparentemente noble pero viven solamente para sí mismas, como si todo el mundo gravitara alrededor de ellas. De hecho, hace algunos años, en un sondeo que se realizó en Nueva York descubrieron que la palabra más utilizada en el teléfono es "I" (yo). Hay personas que trabajan en un puesto gozosa y desinteresadamente mientras se sienten realizadas, pero cuando se les pide un cambio en su trabajo, para el bien común, reaccionan con rebeldía y acusan a todos de falta de comprensión. Ésta es la persona inmadura. No sabe colocar cada cosa en su lugar, por eso corre el riesgo de absolutizar lo relativo y relativizar lo absoluto. Tendrá que redefinir bien sus opciones; la opción fundamental primero y después la propia realización, que es fruto de la coherencia con ésta.

Vistos ya algunos de los rasgos más destacados de lo que hemos llamado la personalidad madura, podemos decir en resumen que la persona madura es la que ha aceptado su vida, ha hecho una opción fundamental correcta y es fiel a la misma. Aquella que ha adquirido un control emotivo y no es esclava de sus sentimientos y pasiones, que vive en una actitud de apertura a los demás y sobre todo en una entrega desinteresada y servicial al prójimo. Esta persona vive en paz y serenidad, firme en sus opciones, coherente con sus determinaciones.

Todo este catálogo de cualidades y virtudes no se presuponen. Para adquirirlas el hombre tiene que convencerse de la necesidad fundamental de trabajar. Pero trabajar de una manera eficaz, es decir, colaborando activamente con la gracia de Dios. Así se puede lograr y encarnar esta personalidad madura en la vida como podemos constatar en las vidas de los santos, que son, por ende, grandes hombres.

Esfuércense por alcanzar en su vida el espíritu de convicción, de sinceridad y autenticidad, y aborrezcan especialmente la hipocresía, asesina de toda verdad y rectitud de vida, que hace al hombre odioso ante Dios y causa la repugnancia de los hombres, pues ella es madre del fingimiento, de la insinceridad, de la doblez y de la mezquindad interior, y tiene por padre al diablo, señor de la mentira. Su presencia en el hombre produce insatisfacciones personales, la carencia de identidad humana y lo priva de la posibilidad de un diálogo espontáneo y sencillo con su Creador y de una relación cordial y recta con los hombres, matando, además, toda posible fuente de amor a Dios y al prójimo.

Capítulo 4: LA AUTENTICIDAD

Sabiendo ya la importancia de la madurez humana, pasamos ahora al tema de la autenticidad. Esta es el fruto en la vida de un cristiano convencido y maduro. Donde hay un cristiano maduro, hay un hombre auténtico.

La autenticidad se hace urgente cuando tomamos en cuenta el ambiente de la sociedad de hoy donde abundan muchas falsificaciones y se han refinado de sobremana las técnicas de manipulación de la sociedad y de los individuos.

Muchos jóvenes que se preparan para afrontar la vida se encuentran con imágenes que son poco reales, personajes de películas, estrellas de la música, placeres seductores, todo cuidadosamente fabricado para presentar una figura atractiva de la felicidad pero esencialmente ilusoria, irreal e incoherente. Tristemente muchos optan o se dejan llevar por estas simulaciones sólo para fracasar tarde o temprano cuando descubren que hay una gran diferencia entre la realidad y el mundo de sus sueños. Otros, aunque muchas veces inconscientemente, tratan de man tenerse y vivir en este mundo ilusorio creando un ambiente artificial sea por medio del dinero, del sexo, del alcohol o de la droga.

La situación es preocupante, de ahí la importancia primordial de un conocimiento sólido del hombre, del cual hemos tratado en los capítulos anteriores, y una autenticidad de vida. Antes de adentrarnos en el tema, es preciso preguntarnos ¿quién es el hombre auténtico?

En el contexto de nuestro estudio basta decir que el hombre auténtico es aquel en el que la expresión de sus sentimientos, tendencias y pensamientos está en conformidad con su identidad íntima y esencial. Aquí hay que enfatizar el término "expresión", es decir, la manifestación del interior del hombre. Ser auténtico no es lo mismo que seguir la moda, ni es lo mismo que actuar porque todos lo hacen así; es más bien una actitud interior que se evidencia en el pensar y obrar cotidiano.

Dentro de esta concepción de la autenticidad como expresión de lo interior existen los que dicen que un acto auténtico es aquel que brota espontáneamente del mundo interior, sin ninguna represión. Según éstos, no importa mucho si el acto está o no de acuerdo con lo que se pretende en la vida. Para ellos, cualquier esfuerzo por controlar, guiar o medir la expresión es considerado una inhibición en la realización del hombre. Hay que dar curso libre a los impulsos e instintos para "liberar" a la persona y que sea ella misma. Nosotros, en cambio, entendemos la autenticidad respecto a la esencia espiritual de la persona humana. Para nosotros, el hombre auténtico es el que busca vivir de acuerdo con un ideal libremente escogido. Por lo tanto, la autenticidad no puede ser simplemente la expresión desordenada del contenido interior sino una ordenación jerarquizada de toda la expresión del hombre según su opción fundamental.

1 La autenticidad del pensamiento

Aquí se trata de estar realmente convencido de las opciones y principios fundamentales en la vida. El pensamiento auténtico consiste en meditar e interiorizar antes de expresarlo con palabras. El pensamiento inauténtico, en cambio, no puede sino convertir sus palabras en charlatanería, ya que habla de lo que no piensa. Para una persona que ama e imita a Cristo, la necesidad de estar convencido no se puede suplir o paliar con otra cosa, pues no existe una alternativa posible. No es fácil lograr una convicción profunda del pensamiento. Requiere una vida que busque ir más allá de la impresiones ligeras, requiere superar la tendencia hacia la conveniencia del momento y la irresponsabilidad. La autenticidad del pensamiento, como todo hábito, se forma por el ejercicio, tomando decisiones conscientes y profundas que surgen y están en sintonía con la orientación fundamental de la vida, en todas las circunstancias. Es, como dijimos, hablando de la madurez en general, la capacidad de pensar como una persona libre y responsable. Un medio práctico es el cultivo de la concentración. Esto requiere un esfuerzo por estar atentos en el momento presente. Por eso implica la formación de la imaginación y de la memoria para que éstas se dirijan hacia la obra que se tiene entre manos y no a la dispersión. De hecho, no se trata sino de la vivencia práctica de la máxima "age quod agis" "haz lo que estás haciendo". Concentra tu pensamiento en lo que tienes entre manos. Busca que tu pensamiento y tu obrar se armonicen en todo momento.

2 La autenticidad de la voluntad

Si la autenticidad del pensamiento es el estar convencido, la autenticidad de la voluntad es la identificación real con el fin. La voluntad es la facultad que permite al hombre realizar sus fines, ejecutar lo que le viene presentado por la razón. Cuando la voluntad es auténtica, la persona decide y se pone a trabajar con todo su ser para lograr sus metas. Donde hay autenticidad de la voluntad uno se aferra a la decisión tomada, especialmente en aquellos momentos en que peligra el ideal fijado. Aumenta la intensidad del querer: se quiere entonces con todos los recursos a disposición. El hombre con una voluntad auténtica es el que se engrandece ante las dificultades como un Hércules cuya fuerza aumenta con los obstáculos.

El caso de inautenticidad o mentira de la voluntad se da cuando ella ejecuta externamente aquello con lo que su interior no se identifica. La hipocresía es precisamente esto, actuar independientemente de una identidad interior, únicamente pendiente de si otros le ven o no. Esto es todavía peor cuando lleva al hombre a exigir de los demás comportamientos de los que él mismo se dispensa por no estar plenamente identificado con ellos. El ejemplo clásico son los fariseos a los que Cristo se dirigía cuando dijo:

«Vosotros, fariseos, purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis llenos de rapiña y maldad. ¡Insensatos! el que hizo el exterior, ¿no hizo también el interior? Dad más bien en limosna lo que tenéis, y así todas las cosas serán puras para vosotros. Pero, ¡ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de toda hortaliza, y dejáis a un lado la justicia y el amor a Dios! Esto es lo que había que practicar aunque sin omitir aquello. ¡Ay de vosotros, los fariseos, que amáis el primer asiento en las sinagogas y que se os salude en las plazas! ¡Ay de vosotros, pues sois como los sepulcros que no se ven, sobre los que andan los hombres sin saberlo! Uno de los doctores de la ley le respondió: "Maestro, diciendo estas cosas, también nos injurias a nosotros!". Pero él dijo: ¡Ay también de vosotros, los doctores de la ley, que imponéis a los hombres cargas intolerables, y vosotros no las tocáis ni con uno de vuestros dedos!». (Lc 11, 40-46).

Quien quiera ser idéntico con su ideal, tiene que conocerlo y ponerse a trabajar de una manera práctica y real para identificarse con él. A la formación de la voluntad dedicaremos todo un capítulo más adelante.

3 La autenticidad del sentimiento

La estabilidad del espíritu, señalada por el Concilio Vaticano II como primera manifestación de la madurez, está muy ligada al mundo de los sentimientos. Éstos, bien formados, enriquecen notablemente al hombre haciéndole capaz de experiencias profundas, de un acercamiento a Dios y a los demás. Basta ir a la sala de espera o a los puntos de encuentro de un aeropuerto para comprobar este hecho. Formar una autenticidad del sentimiento implica conocer los diversos tipos de sentimientos, porque el secreto está precisamente en saberlos ordenar y jerarquizar de forma compatible y constante con las propias opciones en la vida.

Se suele llamar sentimientos al conjunto de fenómenos psíquicos de carácter subjetivo producidos por diversas causas que impresionan favorable o desfavorablemente a la persona, excitando diversos instintos y tendencias. Las causas pueden ser estados de ánimo vitales o pasajeros, reacciones inconscientes ante el medio ambiente, estado físico, acontecimientos, situaciones, etc. Aunque los sentimientos son un hecho universal, hay algunas personas que por su

temperamento sienten sus efectos más que otras.

Los sentimientos y los estados de ánimo están muy ligados, pero son distintos. El estado de ánimo es un estado de "humor" persistente; es como la "música de fondo" de nuestra vida afectiva. Los sentimientos son emociones menos prolongadas. Dedicaremos un capítulo a los estados de ánimo más tarde.

Existen diversos modos de clasificar los sentimientos, uno de los cuales puede ser según las dimensiones corporal, psíquica y espiritual del hombre. Los sentimientos corporales serían: el hambre, la sed, el cansancio, el sueño, etc. Los de índole psíquica: la tristeza que oprime, la alegría que exalta, la gratitud que conmueve, el amor que entenece, etc. Finalmente, los sentimientos espirituales son aquellos que corresponden a una simpatía afectiva o empatía con el bien y la virtud, suscitados en el hombre por la presencia o ausencia del bien moral: amistad, aprecio por la sinceridad, etc.

Ciertamente esta clasificación es sólo artificial ya que el hombre es uno y un sentimiento de orden corporal no deja de afectar el espíritu. Por ejemplo, el hambre tiene sus repercusiones en la alegría. Hay que mencionar también los así llamados sentimientos vitales. Son sentimientos corporales que nacen del conjunto de percepciones de nuestro organismo. Producen el sentido de bienestar o de malestar, de frescura o de pesadez. Tienen como resonancia el humor que, por su parte, repercute en todas las esferas de la vida. Por ejemplo, un clima nublado con una presión baja puede dar lugar a un sentimiento de pesadez mientras que un buen día de primavera puede originar alegría.

Por último, cabe mencionar los sentimientos relacionados con la propia individualidad: el sentido del propio valor, capacidad, dignidad, cualidades, superioridad o inferioridad que se fundan en la propia opinión o la de los demás o en ambas. No es raro encontrarse con personas que tienen una opinión equivocada de sí mismas, como es el caso de los complejos de inferioridad o superioridad. Hay otros sentimientos que surgen como una reacción al mundo externo: la esperanza, la resignación, la desesperación, etc.; personas que viven en un ambiente de tensión o en la miseria reaccionan diversamente que aquellas que viven en un clima de paz y tranquilidad.

Ahora bien, todo esto nos dice que el campo de los sentimientos es amplio y complejo. Por lo tanto, es importante establecer una jerarquía y una compatibilidad entre ellos para que la vida no sea caótica. La falta de este orden produce la anarquía en la vida personal, la hace caprichosa, inconstante e imprevisible. Cada sentimiento se tiene que colocar en su lugar para que pueda ayudar positivamente a la consecución del fin pretendido.

Cuando falta este orden la persona se desequilibra. Por ejemplo, cuando los sentimientos corporales acaparan a la persona, el centro de su personalidad se traslada a la piel o al estómago y no hay lugar para otros sentimientos por nobles que sean. Lo mismo podemos decir de los sentimientos meramente psíquicos; en cuanto que son puramente sensitivos, carecen de razón, no buscan sino desahogo. Pero el desahogo puede llevar al traste toda la vida de la persona.

Por fin, los sentimientos espirituales representan el don más precioso de la sensibilidad humana. El amor al bien, la amistad, el aprecio por la sinceridad, son sentimientos que debemos cultivar. Todo el desarrollo de nuestro espíritu debe colaborar al fortalecimiento de tales sentimientos. Sin embargo, hay que advertir que la excelencia del sentimiento espiritual no debe llevar a un maniqueísmo por el que se desprecien los otros sentimientos. También éstos son humanos y nobles y tienen derecho a existir cuando se dan dentro de un determinado orden. Por eso, es necesario conseguir un equilibrio entre ellos para que cada uno goce de su debida autonomía dentro de dicho orden. No por no ser espiritual se debe reprimir, por ejemplo, la alegría de sentirse físicamente bien y en forma, o la de sentirse bien alimentado, etc.

Ahora bien, la autenticidad del sentimiento se halla en la coherencia entre los propios sentimientos y la opción fundamental. Se debe buscar fundar los sentimientos en la opción fundamental. En la práctica, hay que tener claro el ideal para aprovechar todo aquello que nos lleva hacia él y rechazar lo que nos aleja.

4 Tipos de inautenticidad

Hasta ahora hemos tratado de elaborar el concepto de la autenticidad; quizá nos resultaría útil concretar más analizando, sobre todo, algunos tipos de inautenticidad para tener una idea clara no sólo de lo que es la autenticidad, sino también de sus contrarios. La inautenticidad es una nota desafinada en la sinfonía del hombre auténtico, o como una grieta en la pared del hombre maduro. Se da por muchas causas.

a. El "respeto humano"

La inautenticidad causada por el "qué dirán" consiste en adecuar el comportamiento a lo que los demás esperan de uno y no a lo que dictan las convicciones y opciones personales. No cabe duda de que está bien y es un acto de caridad pensar en el efecto que el propio obrar tiene sobre los demás. El peligro está en absorber o incorporar comportamientos falsos, como si se tratara de ponerse una máscara para representar un papel.

El "respeto humano" es una de las formas más comunes de inautenticidad. Su causa se encuentra en una falta de valor personal, por la cual las convicciones se quebrantan ante la presencia de los demás. Cuando esto ocurre, el comportamiento ya no sale de lo profundo, sino del "qué dirán" de los demás. Como aquellos cristianos que rehuyen profesar su fe en público por miedo al "que dirán" o al simple hecho de ser ridiculizados.

La inautenticidad es un escollo muy sutil, por eso el esfuerzo de superación tiene que ser constante. Ésta se puede dar en personas consagradas que hacen mucho en nombre de Dios, pero realmente actúan movidas sólo por la estima de los demás, para no ser menos que los demás, o para sentirse realmente entregados o realizados en su misión, capaces, sobre todo cuando hay alguien que les observe. La manera real de superar este defecto es la autoconvicción arraigada en la opción por amar a Dios sobre todas las cosas. Se trata de un esfuerzo continuo y consciente de amar a Dios en la vida cotidiana de tal manera que él sea el criterio habitual del obrar.

b. El conformismo

El segundo tipo de inautenticidad brota del conformismo: cuando el cristiano, al margen de la propia opción por Cristo, se conforma con valores, actitudes y comportamientos del medio ambiente y de las pasiones. Podemos distinguir entre el conformismo de las costumbres y el conformismo de las ideas aunque en la realidad los dos se entremezclan. En el primer caso, tenemos las personas que siguen la moda: vestidos, comportamientos, coches, hábitos, etc. En el caso de un cristiano este conformismo puede darse en la adaptación a una conducta inspirada en modelos mundanos, en su comportamiento, en su manera de juzgar la realidad, etc.

El otro tipo de conformismo es todavía más insidioso. Se da entre jóvenes y adultos inmaduros. En el joven hay un afán de autoafirmarse; querría inventar todo de nuevo; quiere ser diferente, lo cual es muy bueno en sí. Ahora bien, el conformismo ocurre cuando este afán viene aprovechado por intereses y fuerzas ajenas al joven mismo. Se convierte así en un conformista ideológico de tipo político, social o simplemente en un rebelde.

Dicho esto, es preciso añadir que el esfuerzo por evitar el conformismo y por actuar según principios personales e íntimos no significa caer en una rigidez cerrada. Se trata de tener una base de convicciones que servirán como plataforma para relacionarme con el mundo y no para romper el contacto con los demás.

c. La falta de identidad de vida

Hay personas que no se entregan plenamente a lo que son y a lo que profesan. Por eso crean en sí mismos un vacío que tienen que llenar, puesto que carecen de una identidad; esto les conduce a adoptar papeles falsos o a buscar notoriedad de diversas maneras.

En el primer caso, se encuentra el tipo literato, el tipo culto, el tipo artístico, el tipo músico, el tipo social, el tipo filósofo, el tipo intelectual, el tipo práctico, el tipo incomprendido, el tipo piadoso, aun el tipo místico. Sí, claro que estos tipos se dan o se pueden dar en personas auténticas como una característica fundamental bien identificada con su vocación. La inautenticidad aparece cuando se adoptan estos papeles como compensaciones inmediatas, pero falsas, que crean la inautenticidad de vida. Sólo pueden acabar en el fracaso ya que no llenan un vacío sino que sólo consiguen taponarlo.

El segundo tipo se da en personas que buscan llamar la atención de los demás hasta llegar a un comportamiento que contradice su propio credo íntimo. Es siempre una obra del "yo" que busca afirmarse y ser tenido en cuenta por los demás. Los caminos son innumerables: el hábito sistemático de opinar diversamente de los demás, un comportamiento social muy obsequioso, la ubicación dentro de un grupo selecto de personas cerrado a los demás, la búsqueda constante de modos de destacar dentro del grupo, etc. Una persona que vive de una manera habitual en desacuerdo con su opción no puede ser auténtica.

Habiendo visto ya qué es la autenticidad y cuáles son sus principales enemigos, podemos resumir todo lo dicho en esta frase "ser tú mismo y no una máscara".

Ciertamente hay que precisar, porque puede interpretarse como una invitación a dar curso libre a todo lo que se siente, tesis que rechazamos. Se trata de conocer al hombre, su fin, y actuar coherentemente según eso. Por supuesto, no es una tarea que se pueda llevar a cabo sin actitudes de sinceridad vital, de coherencia lógica en el comportamiento, de introspección profunda, de autosuperación. Esto no se adquiere en un día, sino a través del esfuerzo diario y sereno. Hay que ir poco a poco conociéndose y obrando con veracidad, sabiendo bien que "la verdad os hará libres".

El que de veras quiere formarse percibirá la necesidad de conocerse bien a sí mismo. No se puede comenzar a trabajar en forma alocada y ciega. Se requiere, para conseguirlo, un conocimiento del fin y de la base donde se parte. El fin está marcado por la identidad del cristiano maduro. El punto de partida y la base sobre la cual se ha de construir la personalidad madura son propios de cada uno y para llegar a conocerlos se requiere una seria labor de introspección. Entran en juego aquí los elementos de la conocida tríada: conócete, acéptate, supérate.

Capítulo V: FORMACIÓN DE LA MADUREZ

Por lo que hemos visto hasta ahora, sabemos que no basta el deseo de ser un cristiano maduro. Para que la opción sea verdadera, se requiere un esfuerzo real para vivir conforme a lo que se ha determinado. Los dibujos del arquitecto nunca serán un edificio hasta que alguien se ponga a trabajar para construirlo.

Vivir según la voluntad de Dios implica la decisión de formarse de acuerdo «al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo» (Ef 4, 13), es decir, «revestirse del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad verdaderas» (Ef 4, 24).

Esta decisión de formarse es imprescindible. Cimentado sobre ella el hombre puede ordenar cada hora y cada minuto de su vida hacia su fin último. No tomar esta decisión es servir a dos señores y formarse en un personalidad dividida y doble, en cuanto que se ha hecho una opción por Dios, pero no se busca concretarla con hechos. Cuanto más sólida es la opción fundamental, más sólida es la decisión de formarse bien. Formarse no sólo en algunos aspectos, sino en una formación integral que abarque todo el hombre en todos los momentos de su vida.

En dicha formación es sumamente importante la armonización e integración de los diversos aspectos de la personalidad. Desarrollar algunas partes de la persona y despreciar otras puede dar como resultado una personalidad excéntrica, encerrada dentro de una órbita pequeña de la cual es difícil o imposible salir, si no peligroso.

De hecho, es fácil encontrarse tales personas en la vida: podemos pensar en aquellos que se han dedicado tanto al trabajo intelectual que se les hace imposible tener relaciones normales con los demás seres humanos o en los que se dedican tanto al culto del cuerpo que acaban convirtiendo la presencia física en el único criterio que guía su existencia. Para evitar estos escollos, nuestro ideal es el desarrollo íntegro, armónico y jerárquico de todas las facultades.

Aunque ya queda dicho, es importante repetir que el motivo de este esfuerzo es el amor a Cristo. No hay otro motivo. Dios nos amó y sigue amándonos en todos los momentos de nuestra vida; por nuestra parte, respondamos a este amor con lo mejor de nosotros mismos, tratando de realizar con plenitud el plan del amado sobre nuestras propias vidas; no podemos escatimar ningún sacrificio con tal de corresponder a su amor infinito.

Muy bien, hay que formarse, ¿pero a dónde acudir para empezar a formar una personalidad madura? No hay una respuesta válida para todos ya que cada uno se encuentra en una situación particular. Lo que vale para un estudiante universitario no siempre valdrá para un político casado. Pero hay unos principios fundamentales en este trabajo de formación que tienen aplicación universal. Partimos de ellos. Podemos decir que el primer paso en la tarea de la formación de una personalidad madura se encuentra en aquella triada, «conócete, acéptate, supérate». Es lo mismo que preguntarse, en cualquier proyecto de formación, después de conocer la meta: ¿Con qué medios cuento para llegar a mi meta? (en el caso que nos ocupa el medio no es otro que nosotros mismos). Luego, con tranquilidad y serenidad, hay que aceptar los que se tengan, siempre con la intención de sacar lo mejor de ellos para superarse a sí mismo.

1 Conócete

El que quiere formarse bien según un ideal elegido tiene que prestar una atención cuidadosa y tenaz para conocerse a sí mismo a fondo. La adquisición de la fisonomía de Cristo es la meta. El punto de partida o la base de construcción es la propia personalidad sobre la cual el Espíritu Santo edificará el hombre maduro. Esto requiere una labor seria de examen para conocer las cualidades y defectos de esta personalidad. Conocerse significa tener una visión integral de sí mismo que abarca todas las facultades enfatizando sobre todo el conocimiento del propio temperamento, la emotividad, el grado de actividad, la resonancia y capacidad de reflexión.

¿Soy muy emotivo?

¿Me alegro o me pongo triste fácilmente?

¿Me gusta la actividad, hacer cosas, o soy más bien el que siempre dice, «tranquilo, hay tiempo»?

¿Suelo reflexionar o muchas veces por falta de reflexión digo cosas que no quería decir?

Éstas son preguntas que pueden ayudar a conocerse mejor. Conocerse significa también adquirir un conocimiento de la propia sensibilidad humana y espiritual, de la capacidad intelectual, las virtudes y vicios morales, la rectitud de la conciencia y la reciedumbre de la voluntad.

Está claro que los temperamentos son diversos, por eso cada uno lleva su bagaje de cualidades o defectos y de valores por descubrir. Hay que conocerlos, no sólo a través de una reflexión serena, sino también con la ayuda de los demás, escuchando con objetividad lo que dicen. Ciertamente este conocimiento no se logra en un día ni en un año. Es preciso formar, entonces, el hábito del autoanálisis y la apertura a las sugerencias y ayudas de los demás, aunque a veces no sean muy agradables.

2 Acéptate

Para algunos el trabajo de introspección tiene el peligro de conducirles a un encerramiento en sí mismos y al desánimo. Naturalmente, hay que evitar esto. Siempre la reflexión y la introspección revelan defectos hasta entonces desconocidos, pero también descubren cualidades y posibilidades de superación. La actitud que se debe adoptar no puede ser sino la de serena aceptación. Es importante recordar lo que dijimos en el primer capítulo, nuestro ser no es una carga pesada o un castigo sino un fruto del amor infinito y bondadoso de Dios. El temperamento que una persona posee es un don de Dios, que bien encauzado será una fuente de riqueza. Aun cuando este temperamento tenga muchos defectos, se debe recordar que la redención obtenida por Cristo, la vida de gracia y la presencia del Espíritu Santo en el alma son todos medios que Dios nos concede para nuestra superación. A nosotros nos toca saber aprovecharlos.

3 Supérate

La aceptación de sí mismo, que no es resignación derrotista ni conformismo egoísta, debe llevar al hombre a la decisión profunda y permanente de superarse. Esto se hace tomando una actitud responsable y conquistadora ante la vida; una disposición positiva que lleva a la persona a vivir, no según los sentimientos y las circunstancias pasajeras, ni mucho menos según la opinión de los demás, sino de cara a Dios, tomando los diversos momentos de la vida como lo que son: respuestas al amor de Dios. Éste es el verdadero sentido de la responsabilidad: querer guiar la propia vida, en todos sus detalles, según los preceptos de aquél en quien se tiene puesta la confianza (cf. 2Tm 1, 12). Es este tipo de hombre al que se llama coherente, sincero, leal; en una palabra, auténtico. La presencia de los

demás, no es el factor determinante de su obrar sino el amor a Dios mismo. El hombre maduro integral vive todos los acontecimientos desde el punto de vista de su fe en Dios, por eso sabe apreciar las cosas más sencillas de su vida. Un punto importante es el que se refiere al espíritu positivo, es decir, el objetivo del esfuerzo no es superar un defecto, sino amar más y adquirir perfección en la virtud. De esta manera, cuando surge una dificultad, como puede ser por ejemplo, ejercitar la paciencia en una situación tensa, la actitud no debe ser "malum vitandum" solamente, sino "bonum facendum": se trata de hacer el bien, no de evitar el mal solamente. Ésta es la diferencia entre un hombre con un espíritu de conquista y un conformista. El que ama de verdad busca ocasiones para amar. Esta actitud es muy diferente a la del siervo que vive como prisionero de una serie de obligaciones que no entiende ni quiere, pero las cumple.

Hasta ahora hemos hablado de la parte humana de este trabajo. No hemos de olvidar que el trabajo de identificación con Cristo sobrepasa completamente nuestras posibilidades humanas. Necesitamos la ayuda de Dios. La tenemos en el Espíritu Santo que Cristo nos prometió en la última cena (cf. Jn 14, 26).

Él, como guía y artífice, con la acción de la gracia nos va transformando e iluminando en nuestro trabajo. En la medida en que nos prestemos a la acción divina, nos acercaremos más a nuestro divino modelo, Jesucristo.

Seremos más maduros como cristianos cuanto más unamos nuestros esfuerzos a la acción de la gracia.

Puesto que la conciencia es el centro de la persona y guía de su obrar natural, esfuércense activamente por formarla recta y madura, temerosa de Dios, abierta siempre al bien y a las inspiraciones del Espíritu Santo, capaz de discernir lo bueno del mal y de la mentira y eviten la insinceridad y la inautenticidad, tan contrarias al espíritu de Cristo.

Capítulo VI LA CONCIENCIA

Vistos ya algunos aspectos de la formación de una personalidad madura y feliz, ahora nos acercaremos más al centro del sujeto humano mismo. Veremos cómo la conciencia contribuye a formar el mosaico armonizado que es el hombre maduro. Si la madurez humana se manifiesta en la capacidad para tomar decisiones prudentes, en la rectitud en el modo de juzgar sobre los acontecimientos y los hombres, en la estabilidad de espíritu y en la autenticidad de vida, la luz sobre la cual todos estos actos se proyectan es una conciencia bien formada, pues es ella la que ilumina al hombre sobre lo bueno y lo malo.

Hay muchas expresiones que se han empleado para describir la conciencia que nos pueden ayudar a entender mejor lo que es: «El núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla» (Gaudium et spes, 16); el patio interior en el cual el hombre capta aquello que es bueno y aquello que es malo, la sede de las relaciones del hombre con Dios. Para hacerlo todavía más accesible, algunos han comparado la conciencia con los detectores de metal en los aeropuertos. Es aquella facultad que revisa nuestros actos conscientes y libres para dar luz verde si son buenos o encender la roja si son malos. Ciertamente, esto no es del todo correcto pero nos puede servir como ilustración.

Analizando un poco la época en la que vivimos, constatamos que son tiempos en los que es muy fácil la desorientación de los criterios morales. Estamos asistiendo a una desorientación gigantesca de la conciencia individual y social, hasta el punto de que a muchos les resulta difícil distinguir los límites de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo permitido y lo prohibido, lo honesto y lo deshonesto en la esfera individual, familiar, social, política y religiosa.

Por ejemplo, nunca como hoy el hombre ha sido tan sensible al valor de la libertad y nunca ha hecho peor uso de ella; así, por un lado, escribe una Carta de los Derechos Humanos y por otro, los suprime de raíz con el aborto, la eutanasia, el terrorismo, la dictadura, la manipulación de la opinión pública y las diversas formas de violencia. Por una parte, proclama a los cuatro vientos la propia madurez y por otra, adopta como pautas de comportamiento normas tan volubles como la opinión pública, el voto de la mayoría, los eslóganes de moda y los modelos culturales y sociales del momento. A veces la norma viene a ser: "Todos lo hacen, luego debe ser bueno", "lo dicen los medios de comunicación, así opina la mayoría o el partido o así piensa Fulano de tal, luego lo acepto incondicionalmente", "está admitido en las Constituciones de muchas naciones, luego es algo respetable", etc.

De hecho, algunos entienden la libertad como ausencia total de cualquier tipo de normas. Ser libre significa para muchos hombres "hago lo que me da la gana", es decir, un simple libertinaje. En una palabra, nunca como hoy el hombre ha sido más bárbaramente manipulado en el campo comercial, ideológico, político, ético y religioso.

De ahí que hoy se haga absolutamente necesario formar una conciencia recta y tener un cuerpo doctrinal ético sólido. Así se podrá orientar acertadamente en medio de la confusión actual de valores y podrá ayudar a los demás a hacer lo mismo. Para lograr eso tenemos que conocer la naturaleza de la conciencia, sus deformaciones y los medios para formar y mantener una conciencia recta.

1 La conciencia recta

La conciencia moral a la cual nos referimos aquí es la capacidad de percibir el bien y el mal y de inclinar nuestra voluntad a hacer el bien y a evitar el mal. La conciencia moral se expresa a través del juicio "bonum facendum, malum vitandum". El hombre no sólo tiene el derecho, sino el deber de seguir el dictamen de su conciencia. Una

persona es madura cuando se comporta según el juicio de la recta conciencia. La conciencia se dice recta si el juicio que formula es conforme con la ley o moral objetiva. Es decir, cuando la conciencia sabe distinguir el bien del mal. La ley con la que la recta conciencia tiene que conformarse es la ley objetiva natural y la ley sobrenatural. La ley natural es aquella que todo hombre encuentra escrita en su corazón. Por ejemplo, el precepto que dice: "Hay que decir siempre la verdad". Por otra parte, existe una ley revelada y sobrenatural como: "Bienaventurados los pobres y humildes de corazón, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt 5, 18). Si tomamos el ejemplo de un católico que se pregunta si está bien trabajar los domingos como en cualquier otro día, estamos ante una aplicación concreta de la ley cristiana. En cambio, si tomamos el ejemplo de un estudiante que se pregunta si está bien copiar el trabajo del otro en un examen, estamos ante una aplicación real de la ley natural. El hombre restaurado por Cristo tiene una oportunidad grande para integrar y armonizar la ley natural y la ley revelada en su vida.

Entonces, cuando decimos recta conciencia nos referimos a la conciencia que emite juicios que están de acuerdo con la ley. Por eso, en la formación de la conciencia lo que se busca es la conformidad con la ley, de forma que lo que la conciencia personal juzgue como bueno o malo, sea lo mismo que dice la ley, como dos relojes sincronizados. Cuando existe desacuerdo entre los juicios de la conciencia y la verdad objetiva se origina una deformación de la conciencia.

El cristianismo, vivido como una relación amorosa con la persona de Jesucristo, lleva a la interiorización de la ley. Esto ocurre de tal manera que ya no se trata de una norma extrínseca sino de algo connatural, como instintivo. Entonces la persona puede llegar a decir "mi alimento es hacer la voluntad del que me envió" (Jn 4, 34). Se trata de la armonía perfecta entre ley y conciencia. Ya no se trata de dos relojes sincronizados sino de uno solo. Dios mismo habita en la persona y actúa como causa y fin de sus acciones. Aquí la conciencia ya no es una voz que coarta a la persona, sino una fuente de fuego y dinamismo que lleva a vivir unido a Dios y cumplir sus mandamientos con perfección.

Pero una vez adquirida la recta conciencia es necesario afinarla, como las cuerdas de un violín, para que no se afloje. Se le ha de sacar brillo, siempre con el ejercicio continuo, para que el tiempo no la cubra de polvo. Una conciencia recta puede mermar como puede progresar y perfeccionarse. En ese sentido el estado de la conciencia en un momento dado puede ser una muestra de la madurez moral y la coherencia de vida de la persona. Por eso, resulta importante saber cuáles son las principales desviaciones de la conciencia y los medios prácticos para llevar a cabo un trabajo de superación.

2 Deformaciones de la conciencia

Hay muchos factores en juego cuando hablamos de una conciencia deformada. Aquí trataremos solamente algunos:

a. Las máscaras de la conciencia

Se da cuando se tira la toalla en la lucha por vivir en la verdad. Cuando el hombre consiente en una divergencia entre lo que es y lo que aparenta, entre la fachada social y la vida real, entonces le pone un antifaz a su conciencia. Aquí el problema es la falta de identidad.

b. Conciencia indelicada

Esta es la conciencia que admite pequeñas transgresiones al deber cotidiano y por falta de esfuerzo cumple sus deberes a medias. Vive una vida incompleta.

Es necesario hacer ver a la conciencia la realidad de su situación. Tanto el bien que puede resultar de un mayor esfuerzo como el mal que se sigue de su negligencia.

c. Conciencia adormecida

Esta deformación se produce cuando la conciencia ya no responde a estímulos y no emite juicios acerca de la maldad o la bondad de los propios actos. Puede ser por tibieza espiritual, por irreflexión o por insinceridad. Se apaga toda vibración espiritual o anhelo de superación moral. Los que viven así excusan fácilmente su conducta con frases como: "Hay que tomar las cosas con calma", "no hay que ser exagerado o quisquilloso". En este estado, la conciencia no reacciona cuando percibe que se obra mal.

d. Conciencia domesticada

Es la conciencia recortada a una medida cómoda. Suaviza todo, sabe encontrar justificaciones para todas sus faltas. "Estoy muy cansado", "todos lo hacen", "es de sentido común".

e. Conciencia falsa

Es la conciencia que emite juicios falsos, es decir, juicios que no concuerdan con la norma objetiva de la ley. Esta conciencia llama bueno a lo que es malo. Puede o no ser culpable. En el segundo caso, la persona puede hacer un juicio moral equivocado y obrar de buena fe creyendo que obra bien. En ese caso no peca. No obstante, hay que afirmar que todo hombre tiene el derecho y la obligación moral de buscar la verdad, de adherirse a ella y de ordenar

su vida según sus exigencias (cf. Dignitatis humanae, 2). Si la falta de conocimiento de la ley es querida en sí, entonces la persona es culpable. Como ejemplo, pueden servir los conductores que por una razón u otra nunca han aprendido bien las reglas de tráfico.

Hay otros tipos de deformaciones de conciencia de las que se puede hablar como la conciencia escrupulosa que exagera el papel de la ley hasta hacerla opresiva y angustiante o la conciencia laxa que deja pasar todo con excusas.

3 Cómo formar una conciencia recta

Hay algunos medios prácticos que ayudan al hombre a formar bien su conciencia y mantenerla siempre recta. Entre ellos se puede mencionar el examen de conciencia diario para analizar cómo se ha actuado frente a lo que es más importante en la vida: la opción por Dios. Tomarse unos momentos para ver cómo se está llevando a la práctica lo que se cree. Hecho de una manera consciente y práctica es un medio muy útil.

El sacramento de la reconciliación, la dirección espiritual, son medios imprescindibles para formar bien la conciencia. La actitud fundamental que hace valorar todos estos medios es la de la vigilancia y sinceridad para reconocer si uno está viviendo rectamente o si está consintiendo en la propia vida cosas ajenas a su opción fundamental.

Después de las ayudas prácticas, es importante también conocer el proceso de un acto moral para saber dirigir bien la formación de la conciencia.

Se puede hablar de tres operaciones o fases en la formación de la conciencia.

La primera, que precede a la acción, es percibir el bien como algo que debe hacerse y el mal como algo que debe ser evitado. Éste es el momento de ver: "Esto es bueno hay que hacerlo" o "no, esto no está bien, debo evitarlo".

La segunda fase es la fuerza que lleva a la acción, impele a hacer el bien y evitar el mal. Se expresa cuando decimos: "Hago el bien" o "no, esto no lo hago".

Por último la operación subsiguiente a la acción, el emitir juicios sobre la bondad o maldad de lo hecho. En esta etapa nos decimos: "He obrado bien" o "he hecho algo malo".

En el primer paso lo importante es abrir la conciencia a la ley como norma objetiva. Es decir, educar una conciencia recta que sabe dónde va y qué es la verdad. Esto lleva al segundo paso que requiere trabajo para que la conciencia sea guía de la voluntad. Se trata de habituarse a la "coherencia", entendida como la constancia en actuar como pide la conciencia. No basta percibir que algo es bueno o malo, hay que saber dirigir la voluntad a hacer lo bueno y evitar lo que no se debe hacer. Percibir que es bueno ser paciente y amable con los demás es bueno, pero es insuficiente; esta percepción debe llevarme a acoger a los demás con bondad y delicadeza aun cuando me sienta cansado o de mal humor.

Esto requiere un trabajo de formación especialmente en el campo de la voluntad y de los estados de ánimo. Los estados de ánimo tienen que ser educados para lograr en la persona una ecuanimidad que le lleve a realizar lo que le pide la conciencia en cualquier circunstancia. Además, la voluntad tiene que ser formada para que sea eficaz, es decir, para que logre lo que pretende.

Por último, y todavía más importante, viene el juicio ulterior sobre lo hecho. Aquí es donde se juega de modo definitivo la formación o deformación de la conciencia. El que ha obrado mal y toma las medidas necesarias para reparar su falta y para pedir perdón ha dado un paso firme en la formación de su conciencia, mientras que el que la acalla, no prestándole atención, puede llegar a dañarla hasta que un día quizá sea incapaz de reaccionar ante el bien y el mal.

En conclusión, podemos decir que la brújula más segura en todo este campo moral es la adhesión fiel a la voluntad de Dios, compendio supremo de la ley natural y la ley revelada. La coherencia ante ella es el camino de la madurez y de la felicidad que brota de una recta conciencia que vive en paz con Dios y consigo misma.

Los estados de ánimo son elementos connaturales a todo ser humano y se manifiestan en el hombre espontáneamente por motivos diversos (humanos, físicos, psíquicos, espirituales...).

Lo importante es no dejarse abatir por ellos; lo necesario es controlarlos y no dejar que se adueñen de las facultades superiores; lo urgente es no permitir la anarquía interna o la creación de estados habituales de sentimentalismo.

Capítulo VII: LOS ESTADOS DE ÁNIMO

Hablando de las manifestaciones de una personalidad madura, hemos ido mencionando algunas expresiones como la estabilidad del espíritu, el autocontrol emotivo, la constancia en perseguir los proyectos de vida y la capacidad de obrar libremente. Estas cualidades suponen ecuanimidad y equilibrio de vida.

En cambio, si vamos a la vida cotidiana constatamos que estamos sujetos a la experiencia de la variedad y la mutabilidad de los estados de humor. Unas veces nos sentimos alegres y expansivos, comunicativos y capaces de cualquier empresa; la ebullición interior busca salida en la alegría ruidosa, en el alboroto y la actividad corporal. Nos sentimos llevados a las estrellas y quisiéramos lanzar gritos de júbilo a toda la tierra.

Otras veces, nos sentimos mortalmente tristes, hundidos en el abismo y la oscuridad, con temores confusos, desganados para toda actividad, sin ánimo para entrar siquiera en un diálogo tranquilo con alguien, todo y todos nos

molestan; dudamos de lo que ayer amábamos. En nuestro espíritu sólo hay irritación, susceptibilidad, ansia, angustia, depresión, indecisión y miedo al futuro.

Con esta descripción, quizás algo dramática, estamos aludiendo al influjo que los estados de ánimo ejercen sobre nuestro comportamiento como hombres. La falta de conocimiento de su naturaleza, de su función y del método para educarlos acarrearán al hombre muchas dificultades que en sí son evitables.

Es triste admitirlo, pero por la falta de formación de los estados de ánimo, fracasan grandes proyectos en la vida y muchas decisiones importantes se orientan mal.

1 Naturaleza de los estados de ánimo

Una descripción genérica de los estados de ánimo podría ser: estados afectivos variables, relacionados con estímulos y emociones pasajeras. No hace falta una definición estricta, todos los experimentamos. Por la mañana uno puede estar eufórico y de buen humor, y por la tarde deprimido y de mal humor.

Los estados de ánimo en cuanto tales, se distinguen del estado de ánimo vital fundamental en singular. Este último se refiere a un componente habitual del temperamento por el cual el hombre tiende naturalmente a la alegría o a la tristeza, al optimismo o al pesimismo. Tal tendencia habitual, que colorea la personalidad, viene dada por factores hereditarios y orgánicos. Hay hombres naturalmente alegres y otros no tanto.

Aquí nos referimos sobre todo a los estados de ánimo variables, a su influjo en el comportamiento y a la posibilidad de educarlos. Por ello es importante tener en cuenta que el estado de ánimo es lo que da sabor a la vida del hombre, todo se ve a través de él. El estado de ánimo vital es como las gafas de los restantes estados de ánimo. Sabiendo eso, la persona puede hacer las atenuaciones necesarias para alcanzar la ecuanimidad en la formación de su personalidad madura.

2 ¿De dónde vienen los estados de ánimo?

Hay muchos factores que contribuyen a formar los estados de ánimo. Podemos clasificarlos en dos grandes grupos:

a. Factores de orden físico

Hechos tan simples como un cambio de presión atmosférica en un día nublado o en un día radiante, o una mala digestión, una noche de insomnio, una fatiga general o una alteración hormonal pueden provocar las oscilaciones del humor.

b. Factores de orden psíquico

Situaciones determinadas o vivencias como un día de fiesta y vacación, un éxito, una noticia alegre o triste, una relación positiva o negativa con una persona, un recuerdo, una imaginación, a veces un inconcesado descontento con la situación actual en que uno vive, una inadaptación con el ambiente y las personas con las que se convive, pueden alterar el humor. Otras veces hay estados de ánimo aparentes, que surgen de la "psique" o son presagio remoto de enfermedades orgánicas. Los estados de ánimo a veces tienen algo de misterioso por estar situados en la zona fronteriza entre lo físico y psíquico.

3 Inlujo de los estados de ánimo

Ahora bien, si éstas son las causas de los estados de ánimo, ¿cuál es su influjo en el comportamiento? Ya en la parte introductoria de este capítulo aludimos a algunos de los efectos de los estados de ánimo en el hombre. Ciertamente, no asiste como un espectador al drama de sus propios cambios de ánimo; se encuentra flotando en medio del mar, subiendo y bajando al son de su oleaje. Todo su comportamiento se ve afectado por ellos, sus relaciones con Dios, con los demás y sus actitudes frente a sus deberes y tareas. Así, hay días en que los cambios de ánimo le llevan hasta el punto de querer echar por la borda sus convicciones más profundas e íntimas como su opción por Dios.

Frente a estos cambios que pueden tener efectos tan trascendentales y que parecen ir y venir sin previo aviso, ¿qué debemos hacer? Está claro que no hay que dejarse llevar por todas las circunstancias de la vida como un víctima indefensa. Un hombre que pretende algo en la vida y tiene opciones conscientes necesita una cierta reciedumbre frente a estos cambios de ánimo para poder llevar a cabo sus fines. Es verdad que hay diversos temperamentos, unos más sensibles o susceptibles que otros. Algunas personas lloran cuando están alegres o tristes, otras no. Pero todos, en cuanto hombres que tienen un proyecto de vida, pueden alcanzar este autocontrol con un trabajo consciente, apoyados y alentados por la gracia de Dios.

En todo este campo hay un punto que tiene que quedar claro. Sentir estados de ánimo adversos no es ni malo ni culpable, es simplemente humano. El problema está en no saber manejarlos bien, en no encauzarlos para que ayuden a lograr los fines propuestos. Pero, ¿cómo debe comportarse el hombre frente a sus propios cambios de estado de ánimo? No se trata de un camino distinto del que ya hablamos anteriormente.

4 Formación

a. Conócete

Para que el trabajo no sea en vano es necesario hacer un diagnóstico de la situación personal. Por eso, como una ayuda para conocernos mejor, es necesario hacerse preguntas como: ¿Cuál es mi estado de ánimo vital? ¿soy básicamente triste o alegre? ¿pesimista u optimista? ¿Cuáles son mis estados de ánimo más frecuentes, cuáles sus variaciones? ¿Hasta qué punto siento los cambios, y en qué grado influyen en mi comportamiento? Preguntas que hay que hacérselas en un ambiente de serenidad, aprovechando sobre todo la ayuda de los demás.

b. Acéptate

Conocerse implica no solamente hacer un inventario de cualidades y defectos, sino también aceptarse realmente como se es, con sus dones psíquicos, corporales, afectivos y emotivos, con su temperamento y sus fallos particulares.

Además, en lugar de conocerse y aceptarse pasivamente, es necesario dar gracias a Dios por el don particular que le ha hecho en la personalidad que posee, sea cual sea. Basado en esta profunda gratitud hacia Dios, se puede adoptar una actitud responsable de aprovechar todo cuanto se tiene de bueno y de encauzar todo lo malo que se pueda tener en orden al fin que se pretende.

Prácticamente, esto quiere decir aceptar las exigencias y consecuencias de la propia vocación. Con una actitud conquistadora buscar adoptar y configurar el propio ser según ella. Para hacer esto es preciso saber ver la vida como una respuesta a Dios en el amor. De esta manera los obstáculos que se presenten serán oportunidades para crecer en el amor en vez de ocasiones de desánimo.

c. Supérate

Después del conocimiento y aceptación de sí mismo, el siguiente paso obligatorio es el de la superación. Un hombre que tiene objetivos claros en la vida y sabe con qué medios cuenta, no es coherente si no trabaja de una manera consciente para llegar a su meta. Ciertamente hay y habrá muchos obstáculos, como los estados de ánimo negativos, pero la persona no puede reducirse a ser una marioneta a merced de ellos. Pensemos qué penoso sería decir al final de la vida: "Yo nunca logré lo que pretendía en lo profundo de mi ser porque mis estados de ánimo nunca me dejaron". Quien no controla sus estados de ánimo es como las veletas de las torres que se mueven según el viento que sopla. Naturalmente esto es causa de muchas incoherencias, debilidad y superficialidad en la vida. Cristo mismo en su ministerio se encontró con estos hombres y se dirigió a ellos de una manera clara y fuerte. Son como plantas que caen en terreno pedregoso: «oyen la palabra y la reciben con alegría», «estados de ánimo positivos pero no tienen raíces en sí mismos, sino que son volubles y cuando se levanta una tormenta o persecución por causa de la palabra», «estados de ánimo negativos», «al instante se escandalizan» (cf. Mt 13, 20-21 y 7, 24-26). También los compara al hombre necio que edifica su casa sobre la arena. Cae la lluvia, vienen los torrentes, soplan los vientos sobre la casa y se derrumba estrepitosamente. Y de modo rotundo añade: «El que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás por la volubilidad de los estados de ánimo no es apto para el reino de los cielos» (Lc 9, 62).

Con todo esto queda muy claro que para un hombre que ha elegido, en la libertad y en el amor, seguir la voluntad de Dios, los estados de ánimo no pueden ser el factor determinante de su conducta, sino sus convicciones profundas. Volviendo a la imagen de la veleta sobre la torre, el hombre de Dios tiene que comportarse como la torre, la cual se apoya en unos fundamentos firmes, permanece estable y bien afincada en tierra, mientras la veleta gira según la dirección del viento.

5 La educación en la ecuanimidad

Surge espontánea la pregunta de ¿cómo hacerlo? Antes de tratar de responder a esta pregunta, quizá nos resultaría útil recalcar algunos puntos ya mencionados. Los estados de ánimo acompañan todas las vivencias y acciones del hombre dándoles una peculiar matización afectiva. En sí, son un don natural de Dios que le enriquecen. Su aprovechamiento está en saberlos trabajar y educar mediante la "ecuanimidad". La ecuanimidad consiste en el predominio habitual de un estado de ánimo sereno, equidistante entre la alegría desorbitada y el abatimiento excesivo. Desde nuestro punto de vista, es el habituarse a ser fiel a la opción por Dios con perfección, sencillez y alegría, sostenidos por el amor. Esto es lo que capacita al hombre para cumplir sus deberes a pesar de sus estados de ánimo. Una persona ecuaníme vive de convicciones; ante los cambios de los estados de ánimo, nunca pierde en la profundidad de su alma el sentido vivo y fresco de su amor a Dios.

La educación en la ecuanimidad no es una labor represiva sino algo neta y totalmente positivo. Sí, requiere disciplina y autocontrol pero es como poner cauce a un torrente caudaloso para que produzca energía y fecunde los campos sin destruirlos. Se trata de "formación", que quiere decir, fomentar lo positivo y rectificar lo negativo. La actitud aquí es: si el sentimiento ayuda, bienvenido; si entorpece, debilita, distrae, entonces la voluntad tiene que entrar en acción para fomentar el sentimiento opuesto.

A este propósito, el medio más eficaz para la educación de los estados de ánimo es la orientación habitual de toda la

vida, en todas sus facetas, hacia el ideal. Este trabajo, necesariamente gozoso, por identificarse con él, irá creando en el hombre una actitud habitual de sano optimismo sobrenatural que puede transformar cualquier estado de ánimo en factor positivo. Todo es gracia para el corazón enamorado de Dios. En palabras del apóstol san Pablo, «para los que aman a Dios, todo contribuye al bien» (cf. Rm 8, 28). San Agustín, por su parte, decía: «Ama y haz lo que quieras». El amor a Cristo, como ya lo hemos dicho muchas veces, es la fuerza de toda formación del cristiano. Se trata de un amor operante que va más allá de un sentimiento o de un querer amar a Dios. Para que este amor sea eficaz en la formación de los estados de ánimo, tiene que ser un amor real y experiencial; algo que se vive, no un pensamiento.

La formación en la ecuanimidad es como crear una morada interior donde Cristo reina por encima de los estados de ánimo. Esto requiere la formación de la imaginación. Es necesario educarla y no dejarla divagar inútilmente como la loca de la casa. Las imágenes que produce pueden provocar sentimientos a favor o en contra del ideal. Hay que saber dirigir la imaginación hacia el ideal, saber hacerla callar cuando empieza a distraer. Para todo eso no cabe duda de que un ambiente de silencio exterior y recogimiento interior es imprescindible. De ahí la importancia de saber recogerse en algunos momentos del día en oración y renovar frecuentemente los propósitos básicos.

Algunas consideraciones

Es necesario distinguir entre los estados de ánimo y los principios y convicciones. Ésta no es tarea fácil. Requiere una capacidad de abstraerse de las propias ocupaciones para tener una visión más objetiva y verdadera. Por eso es muy importante contar con un guía espiritual cuyo interés único sea ayudarnos a alcanzar nuestra perfección humana y cristiana. No se trata de buscar alguien que haría lo que uno debe hacer, esto sería irresponsabilidad, sino alguien desinteresado, o mejor dicho, interesado solamente en nuestro propio bien espiritual, para ayudarnos a descubrir lo que pertenece a Dios y lo que pertenece al César.

Por si algunas de las ideas que hemos expuesto parecen teóricas, tomemos un ejemplo para explicar mejor la actitud de la persona ecuaníme y madura ante ciertas situaciones de la vida.

Supongamos que uno se encuentra en un equipo con personas que tienen que trabajar juntas para llevar adelante un proyecto apostólico. Después de la primera reunión se ve claro que hay varias personas en el equipo a las que, por razones de temperamento, historia, cultura, o lo que sea, les cuesta trabajar juntas. ¿Cuál es la actitud de la persona madura dentro de estas circunstancias? Como dijimos, hay que hacer la distinción. Lo esencial aquí es sacar adelante el proyecto apostólico dentro de un ambiente de caridad y de colaboración cristiana. Por eso, la persona madura frente a estas circunstancias no puede quedarse en quejas y lamentaciones inútiles. Se dirige a lo importante, a superar con el amor todo obstáculo, a trabajar con un espíritu positivo lanzando iniciativas que promuevan la unión para que se realice ese plan que tanto bien hará el reino de Cristo. Por su amor a Dios la persona ecuaníme sabe encontrar lo bueno en todo y hacerlo brillar. Sabe bien que en el fondo se puede encontrar siempre algo bueno; es cuestión de buscarlo.

Más los estados de ánimo son factores de inestabilidad en la vida, para combatirlos hay que contraponer factores de estabilidad, los cuales tienen que ser válidos para toda circunstancia, resistiendo como roca firme la marea alta y la marea baja del humor. Tales factores tienen que venir de una fuente estable, la cual no puede ser el hombre sino Dios. La fe en Dios, el amor a Cristo y la identificación real con la opción fundamental en favor de la voluntad de Dios son la única seguridad que tenemos para afrontar los cambios de los estados de ánimo.

Todo eso parece lógico y obvio, pero en la vida real la ecuanimidad cuesta. Implica a veces ir contra lo que se siente. Repetimos la clave: no importan los cambios de humor. Sí molestan, causan desazón y temor. No importa. Lo importante es que la conciencia perciba claramente los principios de vida y que la voluntad obre según éstos.

Pero tampoco se trata de una represión o un desprecio estoico de la sensibilidad. Se trata de vivir bien lo que se pretende en la vida, se trata de una vida madura y feliz donde el hombre sabe aprovechar bien aquellos medios que le ayudan a lograr su fin y evitar todo cuanto le distrae.

Por último, hay que advertir que la formación de los sentimientos y los estados de ánimo es tarea que requiere mucha paciencia, sinceridad, tenacidad, voluntad y método, sin embargo, a la larga da muchos frutos tangibles e importantes sin los cuales no puede existir una vida realmente madura, humana y feliz.

Procuren todos formarse en la reciedumbre de espíritu, en el vigor y firmeza de la voluntad, en el dominio del carácter y en todas aquellas virtudes que avalan al hombre cabal, como son: la prudencia, la sinceridad, la responsabilidad, la disciplina, la preocupación constante por la justicia y la caridad, el amor a la verdad, la fidelidad a la palabra dada, la buena educación y la moderación y prudencia en el hablar.

Capítulo VIII: LA VOLUNTAD

Si todo lo que hemos venido diciendo son las raíces, el tronco, las ramas y los frutos del árbol de la personalidad madura, ahora hablaremos de la tierra en que ésta germina, crece y da fruto.

La voluntad es la facultad que nos permite transformar nuestras ilusiones en hechos. Por eso es el ámbito normal en el que se desarrollan los proyectos de vida. Ella es la pieza clave del edificio de la personalidad. Desde un punto de vista natural, el valor de un hombre depende en gran parte de cuánto haya logrado formar esta facultad "timonel" de su personalidad. Ella, con la gracia de Dios, forma el eje de todo empeño espiritual, humano, apostólico e intelectual

del hombre. Si un hombre sin ideal es un pobre hombre, podemos decir que un ideal sin formación de la voluntad es una utopía.

Decíamos que el hombre maduro es el que ha adquirido la capacidad de obrar libremente. Pero ser libre es ser dueño de sí mismo, de los propios sentimientos, de las variaciones de los estados de humor e instintos, de tal manera que se pueda seguir la opción fundamental de la vida en cualquier circunstancia. Desde este punto de vista, la formación de la voluntad adquiere máxima importancia. La opción fundamental, la autenticidad, la conciencia, los estados de ánimo, los dones y la cualidades naturales, corren un riesgo muy grave sin esta formación de la voluntad.

1 Cualidades de una voluntad bien formada

Siendo importante formar bien la voluntad, es preciso saber en qué consiste una voluntad bien formada. Una voluntad bien formada es dócil a la inteligencia, es decir, está lejos del capricho y del irracionalismo. Debe llevar a la realización nuestras convicciones profundas bajo la luz de la razón iluminada por la fe. Además, la voluntad tiene que ser eficaz y constante en querer el bien. No basta ser bueno cuando "me siento inspirado", se ha de perseguir el bien siempre y en todo lugar. Tampoco basta querer ser feliz o querer amar a Dios, la voluntad debe tener la eficacia de poner estos deseos en marcha.

Más aún, una voluntad bien formada tiene que ser tenaz ante las dificultades, no desesperarse ante ellas, no aburrirse con el paso del tiempo, ni relajarse con la edad. Sabe convertir las dificultades en victorias, creciendo en su opción fundamental y en su amor real.

Por encima de todo esto, una buena formación de la voluntad implica capacidad de gobierno de todas las dimensiones de la persona con suavidad y firmeza.

2 Medios para la formación de la voluntad

Pero, ¿cuáles son los medios para formar la voluntad? De hecho todo lo que hemos dicho sobre la formación de la personalidad madura se puede aplicar de manera directa a la formación de la voluntad. Sin embargo, una respuesta sencilla y corta puede ser: ejercitarla en querer el verdadero bien, quererlo con constancia y con eficacia. Entendido bien esto, sobra todo lo demás.

A veces, al hablar de la formación de la voluntad, se piensa en la represión. Nada más opuesto a la verdad. Ciertamente la formación de la voluntad requiere dominio de sí, pero no se trata de una acción puramente negativa, "rechazar"; se trata, ante todo, del "querer". Por lo tanto, el esfuerzo es para que la voluntad esté polarizada por el amor a Dios y por la identificación con Cristo como modelo. No es cuestión de formar personas con mucho aguante ante el dolor físico o moral, sino de formar personas que amen mucho a Dios y que sepan plasmar este amor en hechos reales.

Hay muchos otros medios de orden práctico para la formación de la voluntad. Pero, antes de pasar a éstos, es necesario recordar que en toda esta obra se deben tener siempre presentes los motivos: el amor a Dios, la imitación de Cristo, la formación de una personalidad auténtica y madura. Esto es importante cuando consideramos el hecho de que la formación de la voluntad es uno de los campos más costosos en toda formación humana.

Si vamos a la vida ordinaria, vemos que hay incontables ocasiones para formar la voluntad: renunciar al propio capricho optando responsablemente por el cumplimiento del deber, renunciar a los propios planes individuales optando libremente para seguir la vida familiar, renunciar a dejarse llevar por el cansancio, el pesimismo o los sentimientos negativos y optar libremente por un camino de serenidad y control de sí, renunciar a una vida llena de comodidades y optar por la austeridad de vida aun en cosas pequeñas, triviales.

Hay otros modos de entrenar diariamente la propia voluntad para que llegue a ser eficaz y constante: no retractarse con demasiada facilidad de las resoluciones tomadas, exigirse llevar a término toda obra iniciada, poner especial atención en los detalles que exigen esfuerzo, como cuidar el orden en casa y en la oficina, la puntualidad, cuidar las palabras a la hora de hablar, esforzarse en el aprovechamiento del tiempo, la dedicación al estudio, al trabajo y a la oración. En fin, son muchas las oportunidades, cualquier situación puede representar una ocasión para ejercitar la voluntad en la constancia y la eficacia del amor.